

EL FEDERALISTA N.º 12,

NUESTRO DEBER

CON

El Sr. General D. Jose M. Sarasti y
"El Federalista."



PRIMERA PARTE.

Tal como la esperábamos, aunque tardia por demas, ha sido la contestacion que el señor General Sarasti dá al artículo, "Alfaro y los Pentaviros" que publicamos el 5 de Enero del presente año en el número 8 del "Federalista."

Entónces, no quisimos poner nuestro oscuro nombre, al pié de esos renglones por no significar á Magdalena de Vinces que éamos nosotros quienes de él nos ocupábamos, pero hoy que el señor General Sarasti, sale á la palestra en defensa de sus colegas los Pentaviros, no trepámanos en presentarnos con la debida franqueza para sostener, lo que entónces escribimos.

Por sobre la aglomeracion de palabras que el señor General Sarasti ha presentado á los ecuatorianos, se nota marcadísima tendencia á libertarse y libertar á los Pentaviros del cargo de ambiciosos vulgares y á la inútil continuacion de la tarea de Magdalena ella es deprimir al Sr. Alfaro y levantarse sobre su reputacion.

Pero los inútiles esfuerzos del Sr. General Sarasti, se estrellarán contra la lógica inflexible de los hechos consumados.

En efecto, nuestro propósito en el editorial de "El Federalista N. 8," fué probar que los Pentaviros eran vulgares ambiciosos y la prueba de entónces era, que todos ellos estaban en el poder no obstante el ódio de los pueblos; en tanto que el Sr. Alfaro, dueño de la opinion, veía desde playas extranjeras ocupado por los terroristas, el solio ensangrentado de García Moreno. La prueba de hoy es que los mismos Pentaviros están en el poder, en tanto que el Sr. Alfaro calumniado por esos malos ecuatorianos, vé inutilizados por la envidia y la sombra de García Moreno los esfuerzos que hizo para libertar al Ecuador.

Hoy podemos repetir en posesion de la verdad las propias palabras que emitimos en «El Federalista.»

Comenzaremos nuestra tarea. Principia el escritor con un abigarrado párrafo, llamando motinero caudillo al hombre público que siempre puso en sus banderas el lema: "Constitucion," gloria que nunca han tenido los vulgares motinistas, para quienes las revoluciones son granjería y cuyo patriotismo utilidad personal. Alfaro proclamando la Constitucion en Pianguapí y los pentaviros quitando á Veintemilla para colocarse ellos, no pueden en efecto compararse. Alfaro es abnegado. Los pentaviros vulgares ambiciosos.

Esto sentado como fundamento y prueba de lo que ántes dijimos y como fundamento y prueba de lo que hoy sostenemos: vamos á ocuparnos de los pormenores y detalles con que el señor General Sarasti ha tratado de combatirnos con éxito desgraciado.

No comenzaremos, sin rechazar las palabras injuriosas que nos prodiga en cada intentona que hace para cincerar á sus colegas del Pentavirato y le hacemos presente que el cargo de Ministro de la Guerra que obtuvo en la reparticion; no lo autoriza para hablar en tono mas alto ni en otro idioma que el que usan los simples ciudadanos. Nosotros como él, y como muchos buenos ecuatorianos empuñamos el rifle para asentar la verdadera República, es decir que luchamos por la igualdad — con ella contamos para escribir empleando la severidad necesaria al tratarse de puntos históricos, pero no le volveremos las injurias que nos dedica.

En un pequeño folleto que publicamos el mes pasado nos entendimos en algunos puntos de los que tratamos someramente en el "Federalista," pero pa-

rece que el folleto del Sr. General Sarasti que motiva esta réplica ha estado impreso ya cuando nuestra publicación; en ella demostramos con argumentos irrefutables la falsía que precedió á todas las relaciones de la campaña de Mapasingue que hicieron los voceros del Pentavirato.

El Sr. General Alfaro en su brillante publicación datada en Panamá, también ha esclarecido algunos puntos sobre los que los Pentaviros han arrojado sombras.

Del folleto mismo del señor General Sarasti sacamos muchas pruebas de nuestros asertos consignados en el "Federalista," en el folleto del Sr. Alfaro, en el nuestro, y en el que publicamos hoy.

El Sr. General Sarasti encabeza su publicación con el título "Los Pentaviros y Alfaro" y al comenzar el texto, asevera, que tal es el título del artículo nuestro que combate; mas parece que ésta sea una equivocación del Sr. General que nos permitirá rectificar en obsequio de la rigurosa verdad histórica que debe acompañar á toda relación.

Nosotros titulamos nuestro artículo editorial del N. 8 de "El Federalista," "Alfaro y los Pentaviros" Ese será el que hoy sostenemos, no obstante la nimiedad que á primera vista parece tener nuestro capricho:

El Sr. General Sarasti, pasa por alto, los dos primeros acápites de nuestro artículo, no obstante los gravísimos cargos que en ellos aparecen contra sus colegas, los terroristas herederos de García Moreno; bien es cierto, que ante ciertas verdades, callar es el mejor camino para salir del paso: Nosotros no dejaremos sin contestación razonada, uno solo, de los acápites que el Sr. General nos dedica.

Dice el Sr. Sarasti que nuestro artículo ha llamado la atención pública, por las calumnias y falsedades que contiene, que el redactor ha estado mal informado de los hechos; que falsea la verdad histórica, y que so pretexto de combatir á Jecé, ha tocado el nombre del Sr. General presentándolo de un modo indigno del puesto que ha ocupado en la campaña.

Estamos acordes en que el artículo llamó la atención pública, pero ello fué por la gravedad de los asuntos que en él se trataron hasta con exesiva benignidad.

que al Sr. General y á sus colegas les haya disgustado, cosa es muy natural porque no hay remedio sabroso á paladar de enfermo. En cuanto al cargo de calumnias y falsedades, lo desharémos en el curso de esta publicacion.

El redactor no ha estado mal informado; por el contrario fuimos testigo presencial de las nueve décimas partes de los hechos relatados y ello consta al General Sarasti; por lo que hace a la verdad histórica, ella es la necesidad que nos ha puesto la pluma en la mano contra los que abusando del poder y usando de la intriga trataron de falsearla.

El último cargo del acápite que contestamos, parecemas que otra cosa, pucherito de niño travieso; en efecto, es natural que al tocar el efecto se haga lo propio con la causa; de otro modo se presentaria al público la consecuencia, como hace el Sr. General, dejando en el tintero el antecedente: si Jecé oscu. ísimo lunar hasta en lo mas abyecto del camaleonismo político se presentó á calumniar al Sr. Alfaro, seguramente que no lo hizo de cuenta propia, sino pagado por quienes necesitan oscurecer las glorias del caudillo manabita.

Si personalmente el Sr. General Sarasti hacia de liberal con el señor Alfaro y de terrorista con Salazar; débese culpar á sí mismo de esas debilidades de carácter precursoras del hundimiento de un hombre.

No es posible ser semi-liberal ni semi-conservador, porque las dos escuelas son diametralmente opuestas. Cualquiera hombre que quiera estacionarse entre los dos partidos, será la mofa de los dos; inútil para los dos y perjudicial para la República.

El Sr. General se cree en el deber de protestar contra los conceptos consignados en "El Federalista" y para ello ofrece la relacion de los hechos y por ende una refutacion lógica, con la que pondrá la verdad en su puesto.

Efectivamente, el Sr. General relata en su folleto los hechos, aunque debemos decir, que falta de la lógica ofrecida y tan falta de esa lógica que las contradicciones abundan en las páginas del folleto y lo abrumarán comparando esas páginas con los partes oficiales, y otros documentos que ya han visto la luz pública. Hasta cosa

las cartas republicanas del vocero de los Pe taviros encontraremos contradicciones que haremos notar en el curso de esta publicacion para probar la falta de logica que campea en el folleto del Sr. General Sarasti,

Asegura el Sr. General Sarasti, que no hará una refutacion apasionada pero el público y nosotros vemos que el folletista ha seguido el mismo camino emprendido por Orejuela y Angulo, Landázuri y Darquea Salazar y Caamaño, Arbalea y Elizalde, Fierro y Medina, Bernal y Gomez Carro, Gomez Tama y Polibio Chávez y por no seguir la lista demasiado larga para un diccionario biográfico, ha seguido el mismo camino que aquellos por quienes dijimos en nuestro folleto anterior:

El ingrato procedimiento de los libelistas, revela: que los patrocinadores de tales calumniosos escritos, persiguen el fin de desprestigiar al caudillo del partido político que les es contrario, sin duda con la mira anti republicana de ahogar la oposicion. Esta conducta no puede obedecer á otro propósito que al de hacer de la Republica el patrimonio de un círculo ó familia del partido dominante, ó, lo que es lógico corolario, exhibirse los hombres el dia como ambiciosos. En este terreno no trepida la nacion en discernirles la palma que ceñirse quieren, porque en él no entrarán jamás ni Eloy Alfaro ni ningun liberal honrado.

En el capítulo II despues de aseverar el Sr. General que la victoria del 10 de Enero les dió el triunfo definitivo (se olvidó el General de Babahoyo, Guayaquil Machala) concluye diciendo que los ecuatorianos conocen ya la historia de la campaña.

Hasta hoy nada serio se ha escrito sobre la materia y si lo que se escriba ha de ser con los partes oficiales pasados, y si los partes son semejantes á los de la campaña de Mapasingue desmentidos ya, palmariamente, por el Sr. Alfaro; podemos asegurar y seremos apoyados por todos los ecuatorianos que esa historia es semejante á la grotesca relacion de la campaña del centro, publicada por un señor Eloy Proaño y Vega, historia escrita sin otro fin que el de hacer méritos quemando incienso y calumniando al enemigo caido, sin tener presente que ese enemigo es ecuatoriano y que si no hoy; mañana se desmentirá á los ecuatorianos que han hablado sobre los cadáveres de los ecuatorianos. La histo-

ria para que sea tal, ha de ser imparcial, en ella no hay amigos ni enemigos, la verdad es una y no puede tener dos caras como algunos políticos ecuatorianos.

Por los antecedentes que dejamos anotados y por ser el Sr. General Sarasti, uno de los que han suscrito partes faltos de verdad, no creemos, ni podemos creer, que su relacion sea desapasionada y ménos nos parecerá tal á todos los ecuatorianos, cuando estamos viendo que el citado General, se esfuerza visiblemente por libertarse y libertar á sus colegas del imborrable cargo de vulgares ambiciosos; cargo comprobado con su exaltacion al poder despues del 10 de Enero, el Interinazgo apoyado por todos los Pentaviros, y la eleccion constitucional en la que salieron agraciados y permanecen tales los mismos á quienes desde que escribimos en "El Feralista," acusamos de que aspiraban á la perpetuidad.

Esta es la clase de argumentos con que seguirémos probando la verdad de nuestros asertos. Todo lo que en contrario diga hoy el Sr. General, sus voceros y la turba entera de terrorista, no alcanzará á apagar la uniforme claridad de nuestros razonamientos.

Que el Sr. General quiere hoy como quiso en San Antonio, aparecer como liberal, es indudable, pero que lo consiga despues de haber firmado decretos de allanamientos, despues de haber introducido extranjeros al ejército y consentido que esos extranjeros vejen á los ecuatorianos despues..... eso no... eso es imposible y el Sr. General hace mal de llamarse liberal sincero; el partido liberal no quiere, no puede recibir en su seno al que se ha ocupado de oprimir á los pueblos, no quiere, no puede recibir al ex-pentaviro que fué liberal ante el partido liberal y conservador ante el conservador; no puede recibir al Ministro que puso su espada y su prestigio al servicio del terrorismo para hundir al partido liberal.

Despues de hablar de la batalla del 10 de Enero que le dio el triunfo definitivo, segun el falaz decir del Sr. General empieza otro párrafo, aseverando que por aquella misma época el General Alfaro habia ocupado la plaza de Esmeraldas.

En obsequio de la verdad histórica, debió el Sr. Ge-

neral decir que ántes de la victoria del 10 de Enero ya el General Alfaro habia derrocado la Dictadura en la Provincia de Esmeraldas, circunstancia en la que nosotros hacemos hincapié, para echar por tierra la pretension del vocero de los Pentaviros; de que Alfaro debió someterse al Gobierno Provisional de Quito.

El movimiento revolucionario de Babahoyo fué obra exclusiva del Sr. General Mariano Barona y tiene demasiada significacion y parte casi decisiva para que el Sr. Sarasti lo olvide tan por completo en su relacion de la campaña de la costa; y de las proezas realizadas por su ejército indomable: sin el golpe formidable de Babahoyo; Veintemilla espera á los Pentaviros en Galto ó los Molinos y de allí no pasan, como no pasaron el año 76.

En el párrafo 5.º de la página 2 manifiesta palmariaamente que los Pentaviros ó desconfiaban de él ó no creian que los indomables y terribles cuatro mil soldados de que nos habla el General, pudieran atravesar los caminos de la cordillera en invierno, sino que debian esperar que se iniciase el verano. Es decir, que segun el párrafo 5.º de la pagina 2, los Pentaviros por una razon ú otra no pudieron hacer llegar sus batallones á San Antonio hasta que no se iniciara el verano. Luego nosotros estuvimos en lo cierto al decirlo: y eso que no sabemos los secretos de Gabinete que tan malos ratos hicieron pasar al Sr. General con aqueilo de las desconfianzas.

Los soldados del Ejército Manabita como nos llama el Sr. General no esperaron el verano para atravesar las montañas con el lodo á la cintura, ni trepidaron en luchar con el lodo a la cintura en los manglares del Salado contra las fuerzas del Dictador cuando en el vapor "Hnaeh" rondaban el estero.

En la pagina 3, despues de dar el mismo los nombres de los comisionados que en la pagina 43 niega dice que el Dr. A. M. Borja fué portador del nombramiento de triunviro del Gobierno de Manabí y Esmeraldas y despues de una rayita á modo de paréntesis agrega que el Dr. Borja fué demasiado cuerdo é inteligente para no exigirle contestacion perentoria sobre ese nombramiento y el Sr. General muy cuerdo para no dársela; aun agre-

ga: "Me contraje solo á acusar recibo de la nota y nada mas."

Ni Apeles con sus pinceles ni Praxiteles con su stilete podian hacer un retrato, ó una estatua mas fiel que la que con sus propias palabras hace el Sr. General, de su persona. La verdadera honradez política consiste en tomar un partido con franqueza y en sostener las ideas de ese partido.

¿Por qué no vino el Sr. General á ser el ángel bueno del Gobierno liberal y dejó á sus colegas entregados á su terrorismo?

¿Por qué no contestó al Sr. Alfaro, que los partidarios del terror no podian unirse á los liberales?

El Sr. General, calló porque se comprendió indefinible, é incoloro; aguardaba la luz del sol para colorearse—y éste no podía levantarse ántes de la reunion de la Constituyente.

¿De dónde ha sacado el Sr. General aquello de que "como liberal sincero tenia obligacion de dirigir la política y el ejército por el camino de la conciliacion?"

¿Cuál es la razon por la que los liberales se han de reconciliar con los terroristas? Aquella no puede llamarse obligacion, esa es una conveniencia de determinadas personalidades inventada para alucinar á las masas populares. La idea liberal y la conservadora se excluyen como la luz y la sombra; y el que pretenda unir las es un insensato ó un logrero explotador de apariencias.

El partido liberal busca la fundacion de la República; es decir, el establecimiento del Gobierno del pueblo para el pueblo. El partido conservador persigue el ideal de los conventos, es decir, el Gobierno de las castas privilegiadas opresoras de los pueblos. Mas claro, los liberales quieren la República y los conservadores la Monarquía.

¿Cómo pretendió el Sr. General conciliar dos cosas tan opuestas?

El Sr. General se ha lucido haciendo pública su debilidad, pero ha obtenido un triunfo sobre nosotros, probándonos que no se excusa formalmente: bien.

En seguida y despues de confesar que frecuentemente escribia al Sr. Alfaro que los Pentaviros lo estimaban (sic), que lo habian nombrado General de la

República y un diluvio de ofertas por el estilo y, en fin, protestar para que no creyera que algunos Jefes del Ejército de los Pentaviros le hubieran irrogado la más pequeña injuria, cosa que él mismo se desmiente en la página 47, diciendo: "Pero el corazón de muchísimos Jefes de nuestro Ejército estaba envenenado, su pecho era un volcan próximo á hacer explosion, y la tempestad tronaba en nuestro campamento. Ciertos Jefes eran enemigos personales del General Alfaro y otros eran de corazón enemigos políticos." En seguida y después de confesar lo anterior, decimos confiesa también lo mismo que en la página 40 niega, diciendo: "ni yo ni ningún hombre de sana razón puede solicitar de un General lealtad en sus operaciones militares. No se comprende como un caudillo pudiera en sus operaciones ceder á tal pedido contra los intereses públicos."

Esta negativa de Sr. General Sarasti se desmorona con la sencilla relación que los ecuatorianos han leído en la página 21 del *bolletín* publicado por el señor Eloy Alfaro, documento irrecusable por la conocida honradez del que lo ha escrito no ménos que por las misivas de Sarasti á Alfaro que dicen:

Quito, 21 de Febrero de 1883.—Muy señor mío:

Los esfuerzos patrióticos de Ud. me han llamado siempre la atención, y le he estimado sin tener el honor de conocerle. Parece que habiendo juntos trabajado en el sentido de salvar el país, es llegado el caso de que unamos nuestros últimos esfuerzos para anadar á Veintemilla.

Asimismo debemos obrar de consuno para constituir el país, sobre los principios verdaderamente republicanos. Hoy marchó á Babahoyo con el objeto de resolver si abro ó no operaciones sobre Guayaquil. Desde allí le escribiré para combinar nuestras operaciones.

Aprovecho de esta ocasión para ofrecer á Ud. mi amistad y para manifestarle mis sinceros votos para su bienestar.

Su afectísimo amigo y seguro servidor, José María Sarasti.

De otra misiva:

Usted y yo no tenemos más programa que la salvación de la República y para esto debemos unir nuestros esfuerzos materiales, intelectuales, y morales para obrar de acuerdo, formando previamente un plan de ataque á Guayaquil.

En Quito, dice el General que dijo á los miembros del Gobierno y á sus amigos, que Alfaro era patriota y su política franca y leal; pero como en los primeros renglones de la página en cuestion (4) dice ya, que el Gobierno de Quito no opinaba en política como el Sr. Alfaro, de hicimos que el señor General ha dado un brochazo mas en su retrato, alabando ante el Gobierno de Quito la política de Alfaro y ante Alfaro el cariño y demas historias de los Pentaviros hácia él por el Sr. General; sabemos hoy que hay dos clases de honradeces y lealtades.

En seguida dice el señor General que el Gobierno lo autorizó para entenderse con el señor Alfaro, delegándole para ello sus facultades; pero mas adelante y con el objeto de negar otra de nuestras veridades consignadas en "El Federalista" dice que no tenia facultades para ofrecer al Sr. Alfaro el mando en Jefe del Ejército; al llegar á ese punto le probarémos que ello fué cierto.

Por ahora nos limitamos á decirle que en fuerza de esas facultades ó estralimitándose de ella fué que combinó con el Sr. Alfaro la alianza; es decir, la posibilidad de atravesar el Daule por San Antonio.

Vienen ahora tres párrafos relativos á la campaña del Centro y confiesa el Sr. General que la plaza de Yaguachi estaba el 3 de Mayo desocupada por el enemigo. Pero el señor General, calla, el porqué de la desocupacion. Muy bien ha podido decir, sin menguar sus glorias, que el Dictador retiró su escuadrilla de Sanborondon, porque iba á ser tomado por retaguardia ó por el Ejército de Manabitas que trajo el señor Alfaro á Pascuales y tambien ha podido decir que no obstante lo inútil de esa ocupacion de Pascuales, ella fué realizada el 28 de Abril por el Ejército de Manabitas, y ella fué otra de las muy buenas razones que tuvo el Dictador para abandonar á Yaguachi.

Tambien ha podido decir que la patriótica defecion del vapor "Quito," obró poderosamente para el abandono de esa plaza en pos de la que iba el señor General; aunque, desgraciadamente para sus glorias, la plaza, por propia confesion, estaba desocupada cuando el Sr. General salió de Riobamba en direcccion de ella.

Y porque, en fin, el Sr. Sarasti, en fuerza de su in-

discutible pericia militar, comprenderá que si el «Santa Lucia» se estaciona en Barranco Blanco, no es el Sr. General quien baja el río en los cuatro vaporeitos, sin tener como tuvo, con el ejército de la costa franco el paso de San Antonio ó si gusta tome aquello como una cosa de poca u sin significación.

Como si le ardiera la pluma entre las manos pasa el señor General sobre la conferencia del 11 de Mayo en San Antonio y á renglón seguido sigue á narrar algunas evoluciones militares de poca significación, realizadas entre los dos como amigos y compañeros de armas, y dice como cierto que ni él, ni Alfaro se pidieron prenda alguna. Por ese párrafo se comprende que el señor Alfaro no pactó la soberanía del pueblo de Guayaquil despues de debeladas las fuerzas dictatoriales. Desgraciadamente para el señor General ya el público conoce la página 27 del folleto del Sr. Alfaro, y las buenas intenciones que en esa conferencia manifestó el señor General. Es lástima que él mismo, tal vez por modestia, tal vez por no disgustar á sus colegas no nos lo repita hoy con su autorizada firma; pero atento su proceder nos da pié para que supongamos que en la dicha conferencia no procedió con la debida franqueza, cosa muy fea y que autoriza la duda cuando trate en su relación de otros puntos tan importantes como esa conferencia.

En el siguiente párrafo dice el señor General: “Propusimos muchas veces la formación del Gobierno Provisional, compuesto de los miembros principales elegidos en Quito y del señor Alfaro en Esmeraldas y Manabí, para unificar la acción y obrar sin recelos” (sic).

Solo porque el Sr. General nos lo dice creemos que ha cometido tan grave falta.

1.º Porque el Sr. Alfaro no estaba autorizado por los pueblos para realizar tamaña monstruosidad.

2.º Porque el Sr. Sarasti, segun nos lo dice, al negar sus facultades para nombrar al Sr. Alfaro Jefe del Ejército unido, tampoco estaba autorizado para ello.

3.º Porque los que estaban acostumbrados á luchar cien contra mil no debían buscar la proporción de cuatro contra uno, salvo el chistosísimo caso de que se reputaran liberales los Sres. Sarasti y Caamaño, como dijo

en un rato de buen humor el Sr. Caamaño en una proposición semejante en las conferencias de Guayaquil después del 9 de Junio; cuando se empeñaba en hacer convenir al Sr. Alfaro en tal monstruosidad.

4.º Porque eso habría sido satisfacer la eterna ambición de los terroristas y sus maniqués.

5.º Porque habría prevalecido en los concejos la peregrina pretensión de Salazar de mezclar los batallones de la costa con los batallones del interior.

Y para no seguir una interminable lista de inconvenientes, porque el aceite no se puede mezclar con el agua, ni es posible sumar cantidades heterogéneas.

Después de la confesión de este pecado mortal relata el Sr. Sarasti las conversaciones que tuvo con el Sr. Alfaro, olvidándose de que en un párrafo anterior dice que en nada decisivo convinieron: é incluye en estas convenciones la ya anterior de que los dos caudillos acatarían la voluntad de Guayaquil.

Después de lo que dejamos refutado viene el "Memorandum de las operaciones de la toma de la plaza de Guayaquil," que fué aprobado por los Generales Salazar, Director de la Guerra del Ejército del Interior, Alfaro, Supremo Director de la Guerra del Ejército del Litoral, Lizarzaburu, Jefe de Estado Mayor General del Ejército del Interior y General Meliton Vera, Jefe de Estado Mayor General del Ejército del Litoral, aunque maliciosamente calle este nombre el señor Sarasti. La exactitud en todo, Sr. General. ¿Por qué se olvidaba usted del señor General Vera? Ese olvido, en todo lo que se refiere al Estado Mayor General del Ejército de la Costa, no obedece á otro fin que al de ocultar á la historia la existencia de otro ejército que el del Gobierno Provisional de Quito.

El Memorandum tiene fecha de 25 de Mayo y la esperada reserva de Manabitas llegó el 30 del mismo mes, sin que esto impida decir al Sr. General: "Pasaron muchos días hasta que llegó la esperada reserva." Esto revela marcada tendencia á la falsía con el objeto de hacer recaer las demoras sobre el Ejército de Manabí.

Pasa también el Sr. General por sobre el 30 de Mayo, sin duda para no confesar la falsedad del parte

pasado por Pérez Quiñones al Pentavirato, atribuyendo á su ejército el hecho de armas, realizado por el Sr. Alfaro en el Barranco de Aragonés. Pero ¿cómo habia de hablar el Sr. General en contradiccion, con lo que el idiota Jecé, vocero del Sr. General, consiguiera en su décima sétima barbaridad o carta republicana enderezada al Redactor de "Los Andes"?... habia la idiota Magdalena de Vines: "El combate de Aragonés lo dirigió el General Salazar, quien hizo avanzar los cañones del punto en que los habia apostado el Sr. General Alfaro."

Supliendo la falta del Sr. General; consignaremos, la relacion verídica de ese combate, publicada por nosotros en "El Telégrafo" y hacemos lo propio con la del 3 de Junio, tan falseada por el Sr. General, y por Jecé:

"30 DE MAYO DE 1883.

"El ejército aliado libertador, ocupaba el campo de Mapasingue, preparándose para el asalto á las fortificaciones dictatoriales, á las cinco de la mañana del 30 de Mayo cuando apareció, en la punta de Tornero, la escuadrilla del Dictador, con la visible intencion de flanquear las posiciones del ejército que asediaba á la ciudad por la pampa de Mapasingue o de intentar la captura de tres pequeños vapores que en el Rio Grande servian para el transporte de la tropa y víveres de Babahoyo á Barranco Blanco.

"Tan pronto como los centinelas de la loma de Mapasingue dieron el alerta, el Sr. Eloy Alfaro marchó con treinta oficiales escogidos de su ejército y un cañon de á seis, á situarse en Aragonés para impedir el avance de la escuadrilla, compuesta de los vapores: Santa Lucía, con cuatro cañones de largo alcance, Huacho con tres, Manabí con dos, Chimborazo con uno de largo alcance y América con uno, los que evolucionaban con la evidente mira de entrar al Rio Grande.

"Situado el Sr. Alfaro en Aragonés notó que los disparos de su cañon no alcanzaban mas allá de la punta de Tornero, por lo que ordenó el avance de la pieza hasta una distancia menor de ochocientos metros de las fortificaciones del Dictador, que formaban án-

gulo recto con la posición tomada en esos momentos por los buques de la escuadrilla.

“Hasta que el Sr. Alfaro no tomó la nueva posición en un despampado que mide doscientos metros en cuadro, los cañones de los buques enemigos guardaron silencio: pero tan pronto como el primer disparó partió del barranco de Aragoné, comenzó el Santa Lucía á disparar sobre el pequeño grupo formado por el Sr. Alfaro y los que lo acompañaban.

“Los primeros tiros que hizo el cañon de Aragoné fueron cortos; sin embargo, la escuadrilla del Dictador se retiró al Barranco de Duran, poniéndose á una distancia mayor de dos mil metros, con el objeto de alejar toda posibilidad de que la ofendiera el cañon de Alfaro y poder ella cañonearlo impunemente, en combinacion con la artillería gruesa de las fortificaciones del Santa Ana.

“Este movimiento de la escuadrilla permitió al señor Alfaro desentenderse de los demas buques, cuyos cañones ya no alcanzaban al barranco y contrajo los fuegos de su cañon solamente al Santa Lucía, cuyas dos piezas de babor disparaban á toda rapidez. Sin embargo, los demas buques de la escuadrilla no dejaban de hacer nutrido fuego, aunque sus proyectiles caian todos en el rio, á mas de quinientos metros distantes del barranco. No así los del Santa Lucía y Chimborazo que, hábilmente dirigidos, solo el primero de cada uno de ellos dio cinco ó seis metros mas bajo del barranco, los demas todos pasaron por entre los grupos formados por el Sr. Alfaro y sus acompañantes y todos á la altura de un hombre. Solo una série de casualidades pudo libertar en aquel dia al ejército del Sr. Alfaro de pérdidas considerables, pues bien pronto los fuegos de la escuadrilla fueron apoyados por las baterías del Telégrafo, Tarazana y la Línea, que con un nutrido fuego procuraron apagar los del cañon de Aragoné. Entonces la lucha se habia empeñado en la proporcion de uno contra quince o, mejor dicho, de un chiquillo contra muchos gigantes, puesto que esa es la relacion entre una pieza de á seis y los cuatro cañones de á sesenta del Santa Lucía, el Parrot de á cien del Polvorin y los dos de á sesenta del Telégrafo. Tanto

los proyectiles del Santa Lucía y Chimborazo como los que por la derecha hacían el Parrot y los del Telégrafo cayeron en el pequeño despampado que servía de campo de maniobras al Sr. Alfaro; felizmente ninguno pudo estallar, por lo flojo del terreno en que caían, enterrándose sin producir su efecto. Uno de los proyectiles del Parrot caído á dos metros de distancia del cañon de Aragoné levantó una tan enorme nube de tierra que en ella se ocultaron por un momento los artilleros que servían la pieza: aquel fué para Alfaro momento de ansiedad, porque supuso que el proyectil, estallando, había destrozado artilleros y cañon,

“Ya este desigual combate se prolongaba mas de tres horas y suponiendo el Sr. Alfaro que el Dictador, vista la poca distancia á que él se había colocado respecto de las fortalezas del Santa Ana, mandaría alguna fuerza por entre los potreros de la Tarazana, solicitó, por medio de un ayudante, que el General Reynaldo Flores sacara su artillería á la pampa de la Tarazana y cruzara sus fuegos con los de la línea, como en efecto sucedió.

“Mientras tanto él siguió sosteniendo los fuegos de frente con el Santa Lucía y consiguió dar tres golpes en el casco de ese buque y uno en la cubierta.

“Hacia las once de la mañana llegó al sitio donde se había colocado el Sr. Alfaro el General Salazar con ocho o diez de sus ayudantes y tuvo oportunidad de admirar, como competente que es en la materia, lo certero de los disparos del Santa Lucía y entusiasmado solicitó del Sr. Alfaro el permiso de dirigir personalmente un tiro.

“A las doce en punto del día comenzó á retirarse la escuadrilla, llevando indudablemente averías el Santa Lucía, único buque contra el que se sostuvo el cañoneo.

“Por la orden general del día fué ascendido á Teniente Coronel, el Sargento Mayor Adolfo Coult, que tan bizarramente manejó el cañon de á seis que sostuvo el desigual combate del 30 de Mayo.

“Alfaro se puso con un cañon bajo los fuegos de todos los cañones del Dictador, y los sostuvo por mas de tres horas, obligando á retirarse á la escuadrilla. Entonces, como siempre debiera suceder, el triunfo

quedó de parte del ciudadano soldado del derecho y la justicia, que, á pecho descubierto, se presenta á recibir la metralla de los déspotas.”

3 DE JUNIO.

La víspera de este día llegó el ejército de la costa al pié de las colinas que dan frente á los baños del Salado y al rayar la aurora, avanzó el batallón Esmeraldas por la izquierda, el Vengadores de Valverde, marchando por la espalda de las colinas, ocupó el frente derecho de los baños y Vengadores de Piedrahita la cúspide de la colina mas alta y que desde ese día tuvo el nombre de la valiente columna que tan bravamente sostuvo de frente los fuegos enemigos.

El Sr. Alfaro y su Estado Mayor, así como la columna Guáyas con una ametralladora, situados en la colina inmediata á la Cantera contaban á mas de aquella, con un cañón de á seis colocado en la abra que media entre las colinas Piedrahita y la que ellos ocupaban. El resto del ejército quedaba á retaguardia, situado á lo largo de la línea telegráfica, hacia los Pocitos.

En estas posiciones y ya tomándose las últimas medidas para dar el asalto en la madrugada del 3 al 4 como habian combinado entre los Generales Alfaro y Sarasti para que los dos acometieran simultáneamente, por la pampa de la Tarazana y los baños del Salado; el enemigo bien atrincherado en los baños descubrió a cien metros de distancia una guerrilla que se ocupaba en abrir trochas en la colina Piedrahita.

Del centinela del puente de los baños y sobre esa guerrilla partió, á los 2, p. m., el primer disparo, que instintivamente y sin esperar orden fué contestado con una descarga, trabándose entonces un nutrido tiroteo de parte y parte.

Entonces el batallón Vengadores de Valverde comenzó á descender de la loma en que estaba situado, avanzando sobre el puente, cuyas cuerdas y tablazon habia dejado el Dictado y rompió sus fuegos la quinta compañía, que habia descendido al pié de la colina. Unos cuantos metros mas arriba la segunda compañía sosteniendo los de la quinta y, por último, todo ese batallón á pecho descubierto. Felizmente los de-

defensores de los baños no tenían comodidad para apuntar, por la manera inconveniente con que habían construido la trinchera, dejando entre los mangles, aunque la hicieron, solo el espacio necesario para abocar el rifle, siendo por lo tanto imposible que el soldado dirigiera convenientemente el cañon de su fusil. Bien es cierto que los asaltantes tampoco podían ofender á los de la trinchera, por la misma razón, pues que aquellas eran mas altas que los soldados á quienes amparaban, no así en el puente, el que en el acto fué abandonado. Sin embargo los fuegos se sostenían con tenacidad, lo que indujo al Sr. Alfaro á ordenar, como lo hizo por medio del que esto escribe, que el cañon rompiera los suyos y que el batallon "Esmeraldas" avanzara por la izquierda, fulgurando la lanterna, como lo hizo hasta llegar á muy pocos metros del puente, ya abandonado por sus defensores, pues que aun no tenían trincheras para guarecerse en ellas como en los baños.

Al sonar el primer cañonazo "Vengadores de Valverde", "Vengadores de Piedrahita" y "Esmeraldas" redoblaron sus fuegos con descargas cerradas y avanzando, lo que produjo el abandono del puente por la mayor parte de los defensores, quienes se retiraron precipitadamente hacia la Sabana punto en el que mas los ofendían los fuegos de los "Vengadores de Piedrahita," visto lo cual por el Sr. Alfaro, ordenó el avance de la columna "Guayas" con una ametralladora para apoyar al "Esmeraldas" que á poco mas pisaba el abandonado puente. Del mismo modo el "Vengadores de Valverde" apareció por la derecha; cuando sonó el inoportuno toque de "alto el fuego." Sin embargo, los entusiastas asaltantes, nada veteranos, continuaron disparando sobre la trinchera y los baños, que contestaban, no ya con descargas sino con tiros sueltos y mejor dirigidos. Uno de estos, probablemente disparado sobre seguro, mató al valiente Capitan de la quinta compañía del "Vengadores de Valverde", Sr. Alejandro Mata, acertándole en la mitad de la frente, precisamente en la ó del lema Libertad o Muerte adoptado para los soldados en el ejército libertador. Los fuegos se sostenían, como dejamos dicho, aunque sin avanzar las tropas al puen-

te, esperando la orden verbal del señor Alfaro. Desgraciadamente fué él mismo el que mandó tocar la del "alto el fuego," porque el Sr. General Sarasti, que en esos precisos momentos llegó de visita, recordó al Sr. Alfaro lo conveniente, es o era, que el asalto debía ser simultáneo por el Salado y la Tarazana y a favor de la oscuridad de la noche. Con todo, el Sr. Alfaro preguntó al General Sarasti si le disgustaba lo que se oía tal vez haecido, á lo que este General contestó que no era precisamente que le disgustaba sino que su ejército no estaba preparado para el ataque simultáneo en ese momento.

Hé aquí la razón porque el 3 de Junio se combatió con tan inoportuno ruido los fuegos del Ejército de la Costa. Sin embargo, se hizo necesario que cada Jefe de Batallón fuera personalmente á contener los fuegos de sus soldados. A las cuatro de la tarde todo quedó calmado, salvo los tiros sueltos que mutuamente siguieron haciéndose los ejércitos enemigos, tirótes que duraron tanto como la campaña del Salado. Las bajas del enemigo; según informes posteriores, pasaron de veinte, aparte de las que el mismo día tuvo en Puerto Liza, las que le hizo la Cuarta División.

Después de relatar apasionadamente los hechos que nosotros ponemos en claro, sigue el Sr. General Sarasti refiriendo la marcha del Ejército de la Costa, alternando en contra de estas vanas reprimendas, con alabanzas "exageradas á la fuerza de su mando," puntos que por el momento eludimos de esclarecer para hacerlo extensamente en la réplica á su refutación del artículo Editorial del Número 8 de "El Federalista."

Mas no le dejaremos pasar lo que la guerra californiana que velo énticidatros libras esperando en su campamento de Mapasingue un posta que le comunicase la iniciación de los movimientos de Alfaro para el paso del estero.

Lo sucedido fué esto: en una de sus visitas al campamento del Sr. Alfaro, el 15 de Junio, y habiendo encontrado practicable, fácil y conveniente el paso del estero por Sabana Grande, en fuerza de haber él recorrido trayecto en campaña de Sr. Alfaro, sin sufrir tropiezo, regresó á Mapasingue el Sr. General Sarasti,

quedando formalmente comprometido á volver á Sabana Grande, para asistir él personalmente á la iniciacion de los movimientos: deferencia que el Sr. Alfaro concedió á Sarasti, engañado por las infinitas protestas de buena fé que el Sr. General menudeaba, intercaladas con las relaciones de las infamias que sus colegas cometian en Quito y aun en el campamento. Pero evidentemente Salazar y comparsa, que ya barruntaban, que el paso del estero se haria imposible porque maliciaban que el enemigo estaba advertido; esos señores, decimos, le impidieron al Sr. Sarasti el regreso á Sabana Grande á cumplir su compromiso. Pero aquí viene la oportunidad de hacer palpar al Sr. General su descaro para falsear los hechos: en este punto confiesa una de nuestras verdades, porque así le conviene; ello es que el enemigo estaba advertido y que los vapores rondaban el estero; pero en la última parte de su folleto, al refutar nuestra acusacion al del robusto brazo, de haber advertido á un amigo de Veintemilla el paso del ejército de Alfaro por Sabana Grande el 17 de Junio, dice todo lo contrario. Hélo aquí:

“Esta calumnia cae á plomo, por inverosímil. Si Veintemilla hubiera sabido el proyecto de pasar el Salado por el puerto de San Pedro, y en día fijo, era muy natural que hubiera mandado tropa para impedir el desembarque. La entrada de un vapor enemigo al Salado no se ver ficó cuando el proyectado paso, sino muchos dias despues, y de que ya había vuelto á Mapasingue con su tropa el señor Alfaro.”

Esto le sucede á cada rató al que se ocupa de falsear la historia. Nosotros á nuestra vez y cuando lleguemos con esta réplica á la refutacion que nos hace el señor General, nos estenderemos sobre esta y otras de las falseaces en que el señor General se ha dejado tomar como si su publicacion no fuera obra de él; sino del idiota Jeca.

El resultado fué que Sarasti no cumplió y nos hizo aguardarlo mas de treinta horas, durante las que pasaron como nosotros lo dijimos en “El Federalista” los vapores del Dictador.

Sienta tambien como verdadero el señor General que el campamento de Sabana Grande dista de Mapasingue diez leguas. El señor General en esto como en

todo ha seguido las insinuaciones apasionadas de los que nada han visto, nada han hecho como el idiotizado Jecé.

De Mapas ngue á Sabana Grande, por caminos casi impracticables, por lo montuosos, hay dos horas o tres de marcha y la comprobacion de esto lo tendrá cualquiera que se tome el trabajo de buscar un mapa del Dr. Wolff y medirá 18 kilometros, distancia menor de cuatro leguas.

Tambien dice el señor General que el Coronel José Martinez Pallares quedó en los cerros del Carmen, frente á los baños, al mando de un batallon, para apoyar la artillería del señor General. ¿Se se virá el señor General decirnos si el finisio de la Guerra del Gobierno de Manabí y Esmeraldas, con cinco batallones, (Colombia, Jipijapa, Rocafuerte, Monte Cristi y Charapotó) y no con uno como falsamente asevera el señor General habia de quedarse á las ordenes de un Teniente Coronel, que mandaba ochenta hombres para apoyar la artillería del señor General? El Jefe de esas fuerzas fué el señor Pallares y fueron Hidalgo y Villavicencio, quienes estuvieron á sus ordenes.

Toda esta bambolla emplea la por el señor General, atribuyéndole la direccion de la guerra y de la política no tiene otro fin que presentar á las generaciones venideras la falsedad de que no ha existido mas que un Gobierno y un Ejército; pero tan mal urdidas están las farsas que venimos refutando, que tan pronto dice el Sr. General que su ejército se componia de cuatro mil soldados; como de tres mil. Lo que sí es indudable es que sacan los cuatrocientos sesenta de la Division Segunda del Sur, compuesta de costeños y muelaleros; y los seiscientos de la Division de Vanguardia, organizada por Barona en Babahoyo, las tropas traídas de las trece provincias del interior, no alcanzan á mil quinientos hombres, número inferior al de dos mil, de que se componia el Ejército de la Costa.

Sigue el Sr. General, en el párrafo siguiente, atribuyendo a la espera de noches oscuras la demora del asalto, cuando ya lo hemos tomado en la confesion de que las trincheras del Salado no estaban concluidas: única, verdadera y poderosa razon por la que demoró

el ataque definitivo á las fortificaciones dictatoriales.

Viene en seguida una somera relación de las conferencias habidas entre el señor Manuel Semblantes y el Sr. J. M. P. Caamaño, en representación de los Ejércitos aliados y los Representantes del Dictador. Pero como el señor General no comenta los documentos en este lugar; nosotros también nos reservamos hacerlo mas adelante en el mismo punto en el que él lo hace.

Al tomar de nuevo el hilo de su relación viene el señor General en nuestra ayuda, diciéndonos que el 20 de Junio no estaban aun construidas las trincheras que la gente mas esforzada de su ejército estaba levantando en los cerros que dominaban el Estero Salado; pero se le olvida, como de costumbre, decir que esos cerros fueron ocupados bajo el fuego del enemigo por el General de la Costa, el que siempre iba á la vanguardia, y que por los hombres mas esforzados de su ejército dijimos que el señor General viene en nuestra ayuda porque explica la razón de las demoras en el ataque, y eso agregamos, para mayor abundamiento, que esas trincheras no se concluyeron ni hubiera sido humanamente posible concluir las hasta la madrugada del 7 de Julio.



Hé aquí el verdadero motivo de la demora para el asalto, aparte de la caritativa intención de alguno, de que el Ejército de la Costa quedara destrozado en los manglares del Salado.

Por fin, despues de tanta demora ó, mejor dicho, de tanta intriga de que habiamos sido víctimas, llegó el Sr. Alfaro de regreso á Mapasingue.

Pero se nos habia traspapelado del lugar oportuno lo siguiente:

Hablándonos el señor General de sus convenciones con Alfaro ora negadas ora confesadas, nos echa una moraleja á modo de Diabolo predicador

“Promesas eran estas fraternales y patrióticas y legaron á ser demasiado sagradas (las de no esclavizar á Guayaquil) para que ninguno pudiera atreverse á quebrantarlas.”

Muy santo y patriótico es decir lo que el Sr. General, razón por la que ya suponemos la indignación que le causó ver la orden por escrito que trajo al campa-

mento D. Angel Polibio Chávez para que los Delegados del Pentavirato procedieran á nombrar autoridades en Guayaquil sin tener en cuenta la voluntad de los guayaquileños, ni la opinion del Jefe del Ejército liberal; esto es, la pretension de los Pentaviros de quebrantar las promesas fraternales y patrióticas de su Delegado. El Sr. General se ha distraido en la reproduccion de documentos, dejando en el archivo los mas interesantes como el parte oficial de Pérez Quiñones sobre el combate de Aragoné y el suyo propio sobre la ocupacion del Salado y la citada órden que trajo D. Polibio Chávez; bien es cierto que ya nos ha dicho que ningun otro que el Sr. General podia dar partes oficiales.

El Sr. General tiene unas caidas como hechas por Jecé. Este es el lugar donde le tomarémos otro punto.

Dice el señor General en la advertencia que precede á su folleto, que lo habia escrito oportunamente, pero que al haber desaparecido de la escena "El Federalista" tuvo por conveniente no publicarlo. Sin embargo, el Sr. General se ha distraido en esta combinacion política, pues el público vó en el folleto subrayadas las frases Pajizo techo, fuertes trincheras y otras que el Sr. Alfaro y nosotros, hemos empleado en nuestras publicaciones posteriores a la fecha en que el Sr. General dice haber escrito su incoherente folleto.

Ni se violaron tampoco las promesas fraternales y patrióticas con la confesion del Sr. General de que el voto popular secreto pudo resultar inconveniente y que entonces optó por la aclamacion para constituir el Gobierno del Guayas, de lo que se deduce claramente que el Sr. General; Delegado del Pentavirato y autor de las promesas fraternales y patrióticas, temió que Guayaquil optara por el Gobierno de Manabí y Esmeraldas o, lo que es lo mismo, el Sr. General confiesa que no dejó al pueblo dueño de su voluntad y por ende que él fué el que quebrantó las fraternales y patrióticas promesas: nuevo pecado cometido, en el que creemos solo porque el mismo señor General lo confiesa en las páginas de su folleto o es que el Sr. General quiere insuñar á Guayaquil, usando del sarcasmo al decir que burló la soberania del pueblo.

Y entonces como ha de ser posible labrar la felicidad del Ecuador, cuando los hombres que se presentan en la escena política, rodeados de prestigio, valor y otras muchas cualidades que adornaron al Sr. General Sarasti cuando salió á la palestra, se desnudan ellos mismos voluntariamente de esas cualidades y las pisotean por inesplicables aberraciones é inescusables debilidades.

Al recomenzar el General su interrumpida relacion lo hace calificando de imprudente la patriótica y republicana proclama lanzada por el General Alfaro al pueblo de Guayaquil; desconociendo, como mas adelante, en la cuarta parte de este folleto, se lo probarémos, que ellos calcaron su proclama sobre la misma de Alfaro.

Se inició, dice el Sr. General, una nueva y dificil campaña: la de la organizacion política y militar. Solo la impudencia que dá la impunidad puede haber dictado al señor General esta frase, expresion del sarcasmo contra la libertad de Guayaquil, pactada por el señor Alfaro? ¿Qué tenia el señor General ni su Gobierno que meterse en la política del Guayas? ¿Vivo él acaso en son de conquistador?

Insiste despues en confesar su pecado al haber propuesto la monstruosa unificacion del terrorismo con la libertad y deplora que el Sr. Alfaro se haya resistido.

Puede el señor Alfaro decir con el rey caballero: "todo se ha perdido, ménos el honor;" quede para los ambiciosos vulgares el placer de revolcar en el lodo de las pasiones los laureles de la guerra.

Ma; pronto cae el Sr. General en una nueva falta de franqueza cuando dá cuenta de que los dos Gobiernos permanecieron funcionando en Guayaquil.

Decimos que al Sr. General le faltó franqueza, porque ese era el lugar en que debió decir que ellos se quedaron oprimiendo á Guayaquil y Alfaro disolvió su Ejército; bien es cierto que Alfaro nunca ambicionó la triste gloria de subir dos veces el Santa Ana, frase que el señor General lanza, usando de una fanfarronada injustificable y vergonzosa. Convencido el Sr. General de que "la eleccion por escrutinio secreto podia dar un resultado desfavorable y contra la eleccion del señor

D. Pedro Carbo que era nuestro candidato para Gobernador Supremo del Guayas, se olvidó que esta elección fue por proclamación pública y provocamos un comicio popular.”

En términos ménos embozados ha podido decir el señor General: que no conviniera que Guayaquil dispusiera de sus destino optó por imponerle mandatario.

Como esta es una fanfarronada, porque no es el Sr. Sarasti quien puede tomar de instrumento al señor Carbo; hacemos notar solamente el sarcasmo que contra él encierra esa imprudente frase.

Rechazamos también el título que antojadizamente dá al Sr. Carbo llamándolo “Gobernador Supremo” título cuyo privilegio de invención concedemos voluntariamente al Sr. General Sarasti. Nosotros llamamos al Sr. Carbo Jefe Supremo del Guayas y estuvimos resueltos á sostener con las armas contra cualquier poder extraño, las disposiciones de nuestra suprema autoridad.

Pero puesto que el General Sarasti tan espontáneamente ha confesado que intrigó para esa proclamación, le aconsejamos que tenga presente ese pecado para el día del juicio final que llegará algún día.

Usando de la más cumplida franqueza, dice el señor General que disolvió las dos terceras partes de su ejército: falsedad de la laya no habíamos visto estampada en letras de molde. Desde el 9 de Julio por la tarde hasta la reunión de la Asamblea Nacional no dejó de reclutar el Sr. General un solo día y aunque es cierto que licen iaba á algunos, esos eran en el acto reemplazados con usura; hasta el extremo de que hoy están en los cuarteles todos los soldados de Veintemilla y aun se sigue reclutando apesar de todos los artículos de la Constitución y de las negativas del Sr. General.

De pues de tan grosera mentira desliza el señor General una suposición falta de fundamento, diciendo: “Parece que la mayor parte de los habitantes de Guayaquil estaban satisfechos de nuestro procedimiento y así lo manifestó esa culta y sensata ciudad con pruebas exageradas de generosidad y benevolencia.”

Si el Sr. General cree que baila citos y francachelas

son pruebas de satisfaccion pública y hasta pruebas de exagerada generosidad y benevolencia se nos imagina que el señor General, seria el hombre mas feliz de la tierra, con una cantina y una orquesta. Para agradecer esas pruebas de exagerada benevolencia llamó el Sr. General al batallon "Pichincha" de quinientas plazas y no de doscientas como dice en su relacion en unas partes y trescientas en otra, salvo que haya hecho la suma en la imaginacion.

Por desgracia para el Ecuador, esa infeliz gente murió de la fiebre amarilla, pagando así la culpa de los ambiciosos que no reparaban en ese terrible flajelo, por tal de tener bastantes soldados para oprimir á Guayaquil. Hé allí las acciones de la nueva campaña, que el General Sarasti emprendió despues del 9 de Julio.

Se queja el Sr. General, de que un círculo de descontentos procuraba el rompimiento entre los dos ejércitos y que con tal objeto habia provocaciones diarias y riñas mas ó ménos graves.

Los que veniamos viendo desde el campamento, los que veian desde Quito, los que vimos en Guayaquil la sombra de García Moreno vagando, y suspendida en los hombros de Sarasti Salazar, Caamaño, Lizarzaburu y Pérez Pareja; todos los que palpamos y sufrimos las intrigas y las farsas del Pentavirato, los que veiamos atizar el fuego devorador del provincialismo estúpido, excitado por los herederos de García Moreno, los que oimos de boca de Landázuri despues del 9 de Julio, la orden de matar guayaquileños, los que vimos y fuimos víctimas de allanamientos y vejámenes de todas clases, los que vimos y leemos todos los dias las corresponsalías de Guayaquil, que insertamos mas adelante; los que vimos la desmembracion de la Provincia del Guayas y el fraccionamiento de sus municipios pero á qué seguir diciendo lo que vimos cuando con una sola de las iniquidades que dejamos anotadas teniamos derecho para repeler con la fuerza los avances de la fuerza; fueron los vejatos, nuestros padres, nuestros amigos, nuestros hermanos, nuestras casas, el suelo que nos vio nacer; fué nuestro gobernante á quien se vejó, fueron nuestras garantias las que se

violaron y, sin embargo, callamos, porque era en nuestra casa y sufrimos hasta el sacrificio de la sangre de nuestro pueblo, arruinado por la estúpida soldada del Norte, y sufrimos el sacrificio de nuestro dinero para pagar la turba de holgazanes opresores de los pueblos.

Cita el Sr. General las riñas y ¿qué quería? que las autoridades locales azotaran á los guayaquileños, porque repelían con la fuerza las irrupciones de los bárbaros y los bárbaros se reían en sus cuarteles y los bárbaros usurpaban las atribuciones del Poder Judicial, imponiendo castigos discrecionales al desgraciado que caía en sus manos.....

Pero corramos, señor General, un velo protector para usted sobre este sombrío cuadro. Sentimos que la pluma se nos deslizaría al poseernos de nuevo de la ira que en todo corazón honrado excitaron los manejos del Pentavirato en Guayaquil

Pasemos á la inícuca coacción ejercida por usted en el Canton Olmedo.

Dá el Sr. General por pretexto de la remisión de cincuenta hombres á ese Canton; el hecho de que los veintemillistas lo ocupaban. No impunemente se falsea la verdad histórica para velar la intriga. Dejamos la relación de lo sucedido á las personas respetables de ese Canton, como se verá en la tercera parte de esta obra.

Acusa el Sr. General á los derrotados de Santa Ana, de que conspiraban contra el Gobierno de Quito, para lo que contaban con el pueblo armado de Guayaquil.

Aquí viene el Sr. General á confesar lo que ántes ha negado, es decir, que el pueblo de Guayaquil odiaba á sus opresores. Aquella aseveración del Sr. General es completamente falsa, pues el partido de Veintemilla se disipó con el humo del vapor en el horizonte del Guayas: quedó el partido liberal contra el partido conservador ó terrorista; los liberales y conservadores que apoyaban á Veintemilla eran ecuatorianos y debieron plegar cada fracción á las de su simpatía. De allí vino que los terroristas, secuaces de la escuela de García Moreno, se plegaran al señor General, y los menos culpables no Gomez Carbo ni los Jaramillos de

Otavaló, no Santistéban ni otros de la laya, sino los vencedores de Galte: se ¡legaron a Alfaro.

Concluye el señor General el párrafo así: "A 'emas se reclutaba....."

¿Quién reclutaba, Sr. General? Los periódicos de esos días están llenos de quejas contra ustedes, que eran los reclutadores. Las revistas de hoy, comparadas con las de Veintemilla, prueban que son ustedes los que han llenado los cuarteles con reclutas.

Afecta el Sr. General ignorancia sobre quienes movían esos resortes (los de la oposición á sus tropelías); pero en seguida nos da la ignorada clave, diciéndonos: "Muchos Jefes de nuestro Ejército, creían que la pluralidad de Gobiernos formaba un monstruo de tres cabezas que amenazaba devorar la República, y juzgaban poder salvarla proclamando un solo Gobierno." Entonces ¿como es que el Sr. General ignoraba quienes querían matar el monstruo si ellos mismos se lo habían propuesto al Sr. General?

Sigue el folletista y nos dice: "Se inició la campaña eleccionaria y todos saben lo que en ella ha pasado hasta la reunion de la Asamblea.

Ah! Sr. General, si todos supieran, en efecto, lo que pasó en la campaña eleccionaria del 83! ¡Cuántas farsas y violencias como en Quito! ¡Cuántas supercherías é indignidades como en los Rios! ¡Cuántas suplantaciones y mentiras como en el Orol! ¡Cuánta intransigencia y terrorismo como en la misma Asamblea!

¿Si todos supieran todas estas cosas, qué desprecio profundo no tendrían los ecuatorianos por los que reemplazaron á Veintemilla.....?

Aquí con luimos esta primera parte de nuestro incompleto trabajo y entramos á la segunda, en la que refutaremos con buenos documentos el parte de la batalla que el Sr. General pasó á su Gobierno con fecha de Agosto 24.

SEGUNDA PARTE.

Concluida la anterior reseña de la campaña, entra el Sr. General á reproducir el inexacto parte oficial del asalto, que con fecha 24 de Agosto, pasó á su Gobierno; es decir, despues que, segun él mismo, estaban los ánimos prevenidos: despues de dar las pruebas de la falsedad de ese y de las demas partes publicaremos un trabajo que sobre el combate escribimos tres ó cuatro dias despues del 9 de Julio, no entonces con el ánimo de darle publicidad, sino con el de guardarlo sellado para que nuestros hijos supieran la verdad, hoy violamos voluntariamente nuestro propósito y en seguida presentaremos las pruebas de nuestro aserto.

Primero nos ocuparemos del Sr. General:

Empieza por confirmar la exactitud de los partes oficiales de sus subalternos, partes que aseveran que solo el Ejército del Interior dió y ganó la batalla y dice que da una idea general, complementaria de ellos.

“El 8 por la noche pasé al campamento del señor Alfaro y juntos condujimos 600 hombres mas ó menos de su Ejército y los colocamos en un lugar avanzado y en direccion al punto por donde debian atacar, que era la derecha de la Division del Centro.”

El Sr. General no fué él, á conducirnos porque nosotros conociamos el camino mejor que él, ni juntos condujeron con el Sr. Alfaro 600 hombres. El Sr. General fué á nuestro campamento con sus colegas Salazar y Darquea; para combinar las disposiciones del asalto, las que una vez combinadas le permitieron regresar á su campamento en junta de sus tres ó cuatro acompañantes, fué el Sr. Alfaro solo quien condujo los 900 soldados de su Ejército que tenia en Mapasingue hasta ponerlos en línea con el Ejército aliado.

Pero el Sr. General ha querido significar que su viaje á la loma de Mapasingue fué á traer una Division mandada por el señor Alfaro: ¡la honradez en todo, Sr. General, Ud. fué a conferenciar!

Aquí viene un párrafo relatado con toda la seriedad necesaria para estraviar la historia.

Hablando del Ejército de la Costa dice: “Esa

fuerza debía avanzar, luego que el Ejército de mi mando verificase su marcha á la hora convenida: falsedad descomunal y en cuya realizacion no habieran nunca consentido los que siempre quisieron y consiguieron sin trabajo que el Ejército de la Costa fuera á la vanguardia.

En el mismo párrafo dice el señor General que el General Darquea vino á las 4, a. m. del 9, á darle parte, de que el Ejército de ellos estaba listo y con la orden de principiar el asalto.

Como la ejecucion de tal despropósito era privativa del Sr. General, no nos metemos en refutar su falsedad.

Pero aquí el Sr. Quirote, lleno de seriedad dice el General, "Ordené que el Mayor Juan José Angulo, mi Ayudante de Campo, condujese al señor General Alfaro al lugar donde estaba su fuerza y por donde debía atacar con intenciones de que su marcha de frente debía ser inmediata, &c., &c. &c."

Es lástima que el Sr. General no haya ocurrido á la Cochinchina en busca de algun guila para que le ordenara la conduccion del Sr. Alfaro al campo de batalla.

Relatemos. Despues que el Sr. Alfaro colocó personalmente sus batallones de vanguardia, regresó á la tolta del General Sarasti y allí, como á todas partes, lo seguimos, aunque tal vez contra la voluntad de él, que es excesivamente confiado.

Entonces comenzaron á desfilarse los batallones del Ejército del Interior en el órden que puntualizamos en nuestro relato posterior: Por nuestros propios ojos vimos los que se quedaron, porque se llamaban la parte civil de la delegacion del Gobierno Provisional. Pasadas las 4, a. m., llego el joven Juan José Angulo, quién con la necesidad que le es característica y la petulancia de toda negacion exigió del Sr. General Sarasti lo que hoy ese General viene á presentar como una orden emanada de él. Nosotros desconfiados como lo fuimos siempre, comprendimos lo que hoy está sucediendo y rabiamos interiormente de la farsa. El Sr. Alfaro consintio en aceptar el honor que el General Sarasti le quiso hacer, dándole uno de sus ayudantes para que lo acompañara y nada más; puesto que ya hemos dicho que Alfaro

personalmente colocó sus batallones; pero el Sr. General Sarasti comprenderá, así como todo el que mire las cosas con imparcialidad, que donde habíamos tantos guayaquileños, indudablemente mas conocedores del terreno que el joven Angulo, no era necesario un extranjero como él, para guia. Del emos decir, en obsequio de la verdad, que no vimos al Sr. Angulo al lado del Sr. Alfaro durante el combate.

En el mismo párrafo de que nos ocupamos, dice el Sr. General Sarasti con el aplomo de doctor en la materia:

“Avanzamos solos los señores Generales Salazar, Darquea y yo con el objeto de recorrer nuestro estado derecho, que debia ser ocupado por las fuerzas del General Alfaro. Estas fuerzas no habian llegado aun.”

En primer lugar le preguntarémos al Sr. General si castigó á su guia, el joven Angulo, por no haber cumplido su órde, colocando al señor Alfaro en su puesto (sic).

Despues pasaremos á preguntarle, como explica, que habiéndose quedado a retaguardia ó estaviadas las fuerzas de las costa, pudieron hacer prisioneros en la línea enemiga, escalar el cerro en el “Escuadrón Sagrado,” plantar un puente en la trinchera del Manicomio, el que sirvió para que pasaran indebidamente por allí los Generales Salazar y Darquea, hacer prisionero al Jefe de las fuerzas Dictatoriales, General Pesantes, hacernos dueños de todas las ametralladoras, cañones y fusiles el enemigo encastillado en los fuertes del Manicomio; todas cosas comprobadas por los trofeos tomados y que todo Guayaquil vio, y comprobadas tambien con los documentos siguientes:

ARMA VEDADA.

Tal es la que se ha venido esgrimiendo desde el 9 de Julio contra el General don Eloi Alfaro y su Ejército, por algunos Jefes y oficiales que se empeñan en sembrar la zizafia contra los que ayer no más estábamos unidos para combatir la Dictadura del ex-General Veintemilla. Esta arma es nada ménos que la infame calumnia de que se ha echado mano para desprestigiar á los defensores de la Libertad del pueblo y lograr miras personales y de partido.

Es por eso que indignado de semejante villanía, y como Jefe de que he pertenecido y pertenezco al Ejército de voluntarios venidos del Interior de la República, en cuyas filas tuve el honor de combatir el 9 de Julio, me tomo el trabajo de poner las cosas en su lugar, para que no se defraude la honra de nuestros hermanos y compañeros, y para que el país haga la debida justicia á sus leales servidores.

De-de luego, tengo la conciencia de que nadie se atreverá á tacharme de apasionado, sabiendo, como todos saben, que yo no soy amigo del General Alfaro, y que esta circunstancia, unida á la de mi carácter independiente, de haber sido testigo presencial del combate del 9 de Julio, y de haber venido en el Estado Mayor General del Ejército del Interior, me dán perfecto derecho á que se crea mi franca relacion; tanto más independiente y franca, cuanto que mis ascensos han sido ganados en los combates, y mi dicho se apoya en el testimonio de los principales Jefes del Ejército.

Se ha lanzado al público, por algunos, la maligna especie de que el Ejército del señor Alfaro no se vió en ninguna parte, por otros, la de que ese mismo Ejército habia fusilado por la espalda á los soldados del interior; y por unos cuantos más; la de que las fuerzas del señor Alfaro no entraron á esta ciudad sino á las 10, a. m., del 9 de Julio. Es falso é infame lo primero; falso é infame lo segundo, y falso é inicuo lo tercero. Los hechos han pasado de este modo:

Unidos los dos ejércitos, el que mandaba y manda el señor General Alfaro y el que mandaba y manda el señor General don José Maria Sarasti; y acordados el día y la hora del ataque en la reunion de Generales que hubo en Mapasingue, el señor Alfaro eligió como punto de ataque para él y su gente los fuertes de "El Manicomio Vélez," y dejó para las fuerzas del interior el resto de la línea del cerro de Santa Ana hasta las Peñas Cabe aquí manifestar que yo fuí designado para dirigir el ataque por el Estero Salado, bajo las órdenes del señor doctor Antonio Flóres. Esta designacion no tuvo efecto, sin embargo, porque, segun me dijo el señor Flóres se desconfia á de él, porque se habia propalado que habia tenido aquí una entrevista con el señor Veintemilla, y con tal motivo, mi entrada la hice tambien por el cerro de Santa Ana, habiendo ido al Estero Salado en mi lugar el señor General Antonio Medina para obrar de acuerdo con la Division que en esos puntos tenia el señor Alfaro.

Arreglado así el ataque, nos pusimos á caballo el señor General don Pedro I. Lizarzaburu, Jefe del Estado Mayor General del

Ejército del Interior y yo. A las 11. p. m., dicho señor General Lizarzaburu dió la orden de que el Ejército se moviera hacia el cerro á las 2, a. m., del 9, para esperar á la falda del cerro hasta las 5, en que debian romperse los fuegos y darse el asalto.

Verificóse así el movimiento, y ámbos Ejércitos ocuparon su lugar. Rotos los fuegos por el lado del Manicemio y establecidos en toda la línea, el señor General Lizarzaburu me dijo estas precisas palabras: "Pedro, quédate aquí con los demas ayudantes para que avancen por la Tarazana sobre el cerro, que yo voy á acompañar al valiente General Alfaro;" y, en efecto, marchó hacia la vanguardia, donde se encontraba el señor Alfaro.

Me despedí del señor General Lizarzaburu, y habiendo encontrado herido al señor Coronel A. Hidalgo, me dirigí al campamento llevándole, en union del señor Coronel Pacífico Chiriboga, quien estaba también imposibilitado por una contusion. Me vi entónces con el señor General Secundino Darquea que avanzaba, á su vez, con la Reserva, y le hice notar que los fuegos del Manicemio estaban ya apagados, y que eso probaba que el señor Alfaro habia tomado ya ese punto, permitiéndome indicarle que marchara al trote con su gente. Regresé, y con el Coronel D. Ruperto Albuja emprendimos la ascension del cerro por el antiguo hospital. Acompañados de unos cincuenta individuos de tropa, llegamos á la cima, y nos hicimos dueños del cañon de á cien, no sin perder unos pocos soldados. Cuando nosotros llegamos á la ciudad, ya el señor Alfaro estaba en ella con su gente.

Esta es la verdad. Antes que sustentar malas pasiones, debo hacerse justicia. No me ha guiado otra razon en este relato.

Pedro Jaramillo.

Gusyaquil, Agosto 28 de 1883 "

El documento que acabamos de reproducir es intachable por ser de uno de los Jefes del Ejército del Interior, amigo de Alfaro, antiguo y honrado militar y su aclaracion espontanea é instigada por las calumnias que comenzaron á propalarse desde la misma tarde del 9 de Julio.

Ahora vamos á reproducir; otro de uno de los oficiales del Ejército de la Costa, en el que se desmienten otras calumnias, como aque la de la primera ocupacion de Mapasingue por los Pentaviros y de la Proclamacion en Gusyaquil del Gobierno Provisional de Qui

t : farsas todas inventadas para que la historia crea en la existencia del Pentavirato y nada mas.

“PARA LA HISTORIA.

“La Estrella de Panamá” correspondiente al 16 del presente mes de Agosto, trae un largo artículo anónimo, que con toda seguridad se atribuye al señor General don Euclides Angulo, Jefe de una Division del Ejército del señor General Sarasti.

Esta publicacion titulada “Colombia y Ecuador.—Ojeada sobre los sucesos de 1882 y 1883;” contiene este párrafo en que, con refinada malicia, ó con inesplicable falta de memoria, en un asunto tan importante de suyo, arrebatada, candorosamente y de una sola plumada, al señor Alfaro uno de sus más notables movimientos estratégicos, atribuyéndoselo tácitamente á otro distinguido Jefe. Copiamos textualmente para contestar:

“Querer es poder, ha dicho Trueba, y se quiso y se pudo resistir la inclemencia en la abrasadora llanura de Mapasingue, en donde se incorporó al Ejército las Divisiones de los Generales Alfaro y Barona, que con tanto brío prestaron su cooperacion hasta redimir á la cautiva Guayaquil.”

Todo Guayaquil sabe que el 29 de Abril llegó el señor Alfaro, con el Ejército del litoral, á Mapasingue; que esperamos una quincena al Ejército del señor General Sarasti, y que la primera entrevista de dichos ilustres caudillos tuvo lugar en San Antonio el 11 de Mayo, sin que ántes hubiera llegado á Mapasingue ni un soldado del Ejército de lo Interior. Todo el mundo sabe esto; y los mismos que tantas calumnias han difundido contra el General Alfaro, procurando oscurecer las glorias del caudillo liberal, en la jornada del 9 de Julio, no se han atrevido aquí á dar á la estampa esa impostura; más han buscado manera de desfigurar en el extranjero lo que, por su palpable notoriedad, no osaron tocar aquí.

Sepan, pues, en el exterior, lo que pasó á la vista de Guayaquil, y lo que todo el Ecuador sabe: que el General Alfaro, con el Ejército del litoral llegó á Mapasingue el 29 de Abril muchos dias ántes de que ningun soldado de otro ejército estuviera allí; que el señor General Sarasti— que está presente en esta ciudad y puede ratificar nuestro dicho— no llegó sino el 11 de Mayo á la hacienda de San Antonio, donde le esperaba el General Alfaro, y luego se regresó en el acto para traer sus fuerzas.

Solo corre parejas con aquella falsedad que refutamos, esa que

se publicó en las "Novedades de Nueva York," y se reprodujo aquí en "La Nación," que dice así:

"Al entrar las tropas en la ciudad, ésta reconoció con sus entusiastas aclamaciones al Gobierno de Quito." Esto en Guayaquil sabemos que es falso; pero no sucede lo mismo en el exterior.

Volviendó á la publicacion de Panamá: lastimoso á par que punible es que así, con tamaño descaro, se viole la verdad, y á tales términos se lleve el intolerable espíritu de bando; que se arrebate así al modesto caudillo liberal, una de sus más gloriosas maniobras de estrategia en la campaña de lo litoral; empresa que, por lo audaz, no la soñaron ni Veintemilla ni los de lo interior.

El historiador imparcial que, en no lejano día, analice estos sucesos, habrá de notar, cuánto ciegan las pasiones desapoderadas, y cuán cierto es que, apesar de la calumnia que tizna los hechos, luce al fin la verdad, como el astro del día.

El que estas líneas escribe, tuvo la honra de militar, como Ayudante Mayor de la Columna "Vengadores de Piedrahita" en el Ejército de lo litoral, y por eso, testigo del hecho, rechaza en su nombre y el de sus compañeros, la malicia de esa equivocacion.

Guayaquil, Agosto 30 de 1883

Octavio S. Roca.

Con mejor oportunidad, al tratar del asalto definitivo, continuaremos la reproduccion é insercion de varios documentos comprobantes de nuestros asertos. Por el momento tornaremos de nuevo el hilo de esta refutacion.

En seguida entra el señor General á hacer una descripcion de las defensas de la ciudad, exagerando extraordinariamente sus proporciones; como sucede con los que él llama cañones de grueso calibre. En obsequio de la verdad histórica debemos decir que solo un cañon, batió regular, los demas eran completamente inútiles ó por lo ménos inofensivos.

El señor General se sirve calificar como de grueso calibre cañoncitos de á 12 de sistema antiguo, y de magníficos cañones las carronadas de la antigua "Columbia," incapaz de lanzar un proyectil de veinte libras á una distancia de cuatrocientas varas.

Tambien consigna lo que mas adelante niega en la página 7, es decir, que la trinchera del Manico-

no era inespugnable. En efecto, de frente lo era, pero no por sus inútiles cañones, sino por los fuegos de la infantería parapetada tras una muralla de cuatro varas de espesor y un zanjón de tres varas de ancho y dos de profundidad.

Como si una nueva conferencia hubiera modificado ya en marcha el plan del asalto viene ahora el señor General á relatar lo que debió relatar al principio, pero de esto lo disculpamos, comprendiendo su tendencia á no confesar que la última entrevista tuvo lugar en la loma de Mapasingue y en el rancho de Alfaro á donde fueron los que hoy quieren llamarse Supremos Directores de la Guerra y Generales en Jefe del solo Ejército que atacó. Felizmente por el contexto del párrafo se comprende que esas disposiciones se tomaron de antemano puesto que ya en marcha no era posible cambiar las órdenes dadas á allá en los cerros del Salado, atendida la enorme distancia á que se encontraba.....

En el párrafo siguiente nos habla el señor General de las varias Divisiones y nos cuenta aquella, de la División del General Alfaro. El Ejército de la Costa constaba de cuatro Divisiones y su Estado Mayor General: de este Ejército tomaron parte en el asalto á la línea, la Primera División al mando del Coronel Manuel A. Franco, la Tercera al mando del Coronel Enrique Avellan, parte de la Segunda al mando del Dr. Angel M. Borja y fueron conducidas por su Jefe de Estado Mayor General, General Meliton Vera, siendo el Jefe de este Ejército el Encargado del Mando Supremo y la Dirección de la Guerra por las Provincias de Manabí, Esmeraldas y gran parte del Guayas; el señor General D. Floi Alfaro.

¡La verdad histórica ante todo, señor General!

A estas fuerzas, según lo estipulado en la loma de Mapasingue, se les encomendó asaltar desde un cañón situado en el centro de la línea enemiga hasta la trinchera del Manicomio; pero atento el calificativo de inespugnable dado por el señor General á esa trinchera se resolvió que no se atacara de frente sino de flanco después de tomara la línea. Luego tuvimos razón según la propia confesión del General Sarasti, cuando

desmentimos á J. C.é, que recriminaba á Alfaro porque no diz que atacó de frente la trinchera y que se habia comprometido.

Luego: el señor General convieno en que las fuerzas de la costa debian atacar por el centro de la línea, un tanto cargadas a la derecha, en la posicion que lo de nuestra el cuadro n.º 1, adunto, a la tercera parte

Paladinamente confiesa el Sr. General que las fuerzas reunidas para el asalto ascendian a 3,000 hombres, punto que le tomamos para rebatirlo mas adelante.

Aquí viene la relacion del combate:

“Rotos los fuegos, marcharon de frente todas las columnas de combate. Las del centro de nuestra línea ascendieron por la parte mas difícil é inaccesible y rompieron la línea enemiga ántes de media hora de combate.”

Pero el señor General se ha distraído lastimosamente por ligando los epítetos inaccesible, formidable, magnífico, &c., &c., cuando habla de su Ejército y todo lo contrario cuando se refiere al de la Costa, por ejemplo: cuando la Division del Centro escaló la línea por el centro es inaccesible, cuando el señor Alfaro y su Ejército la escalaron era la mas accesible, segun el calificativo que diz que le dieron los Pentaviros.

El señor General ha debido poner mas cuidado en su relacion para que no se le atravesase la espina del pezcado.

“Aprovechó el señor General de la rotura de la línea enemiga por el centro realizada por sus tropas y ordenó una carga por ese punto con las Columnas Sagradas que formaban su reserva. Precedió el señor General la carga juntamente con los señores Generales Salazar, Darquea y Lizarzururu. Entónces el enemigo se replegó sobre la izquierda, es decir, sobre la Tarazona.”

¿Quiére el señor General decirnos qué hicieron entónces los Generales Salazar, Darquea y Lizarzururu? ¿Y quiére decirnos si el enemigo que guarnecía la derecha de la línea paso sobre el General para replegarse a la derecha?

Contestarémos con la lógica ya que tanto falta este ingrediente en el puchero del señor General. Rota la línea por unos o por otros, el enemigo se replegó como era mas que natural necesario a los dos costados y siguió combatiendo palmo á palmo y como al fin de

la historia se vió que en la trinchera del Manicomio no hubo un solo soldado del interior, es clarísimo como la luz, que los que hicieron retroceder al enemigo en esa dirección, fueron los soldados de la Costa, salvo que el señor General quiera decir á la posteridad que despues de rendir ese fuerte, se regresaron sus soldados, dejándonos el campo de su victoria. Veámos lo que hicieron los Generales Salazar, Darquea y Lizarzaburu. El primero estuvo en la pampa mirando como andaba la cosa, y de que vio apagados los fuegos de la trinchera del Manicomio se dirigió á ella, paso entre paso, sin cuidarse siquiera de llevar un ayudante ni un soldado; solo, completamente solo, se apareció en la trinchera del Manicomio, cuando mas récio era el combate en la Tarazana.

El General Darquea andaba con el señor Caamaño fuera de tiro, ni podía exigirse a este General que intentara subir á la línea por sus achaques y conocida impotencia. En cuanto al señor Caamaño, llamado por los PP. la parte civil de la delegacion, no entró al combate, sino que se estuvo por las inmediaciones del Cerro Colorado porfiando a los que lo acompañaban, que estaba derrotado su ejército: hasta que uno de los heridos, que ya habia bajado de la línea para ir al hospital de sangre lo oriento; fué entonces que á todo escape y diciendo: " Adelante, señores, que la victoria es nuestra" se vino á la ciudad á las ocho de la mañana. Así pasaron las cosas y no como enfáticamente dice el señor General en la página 21 de su folleto, dándole buena colocacion al Sr. Caamaño, a otros Jefes como Paulino Jarami lo, que tampoco combatió y disponiendo que la Division del Sr. General Alfaro ocupara un extremo derecho.

Pero volvamos á nuestra tarea de desenmascarar á tontos que no son tontos.

El General Lizarzaburu, sí subió, pero no en la carga ejecutada con el Sr. General Sarasti, sino despues.

Con perdon del público relatarémos un incidente personal.

De la trinchera, despues de la victoria, nos mandó el señor Alfaro á ejecutar una orden en la línea. De

consiguiente regresamos á cumplirla y al llegar á un sitio, donde encontramos algunos soldados del Ejército del Interior mezclados con los nuestros, hablamos con el señor General Lizarzaburu, que, á pié, acababa de subir; él quiso exigir de nosotros que tomáramos el mando de unos cuantos de sus soldados (División del Centro) para que viniéramos con ellos á atacar el Manicomio. Ya nosotros regresábamos de la trinchera y nos resistimos tenazmente, no obstante que el Sr. General al invocó la amistad y otras cosas; pero resistimos, porque ese habría sido un argumento que aducirían hoy como prueba de haber sido los primeros en subir y haber tomado parte en la toma del Manicomio.

Sin embargo de estos ya probados incidentes de fácil comprobación, como el que hemos relatado, el Sr. General no nos habla en su parte del señor Alfaro ni del Ejército de la Costa: pero nos descuelga la del siglo, la fenomenal, la que no entra, la que no se le ocurrió ni á Landázuri. Que «las fuerzas del Manicomio huyeron batidas por nuestra artillería, y tomadas por retaguardia, por el histórico «Escuadrón Sagrado.»

¿Cuántos sonrojos no habrán costado estas líneas á los valientes hijos del General; á los Sarasti, Pallares, Pérez, Wuasbrum, Bascones, Campes, Mora, Espinosa: á esos valientes enemigos de la farsa, á esos que recibieron del Sr. Alfaro un abrazo al tiempo de acometer con ellos, cuando ellos con Manuel Sarasti á la cabeza llegaron a donde estábamos nosotros con el Sr. Alfaro y abrazándolo llenos de entusiasmo le dijeron las siguientes textuales palabras: «Mi General; queremos tener el honor de que nos mande usted en el asalto» palabras que después de oídas por V. Nevarres, Andrés Marin los demás ayudantes y nosotros, nos las repitieron cien veces el joven Manuel Sarasti delante de muchas personas de Guayaquil. Es lastima que el señor General haya escogido ese indemorable cuerpo de valientísimos jóvenes, para sentar una falsedad, atribuyéndoles la toma de la trinchera del Manicomio. Habríamos preferido, por honor de ese cuerpo, que fuera otro el designado por el Sr. General para la farsa.

Sigue el Sr. General y dice:

«Las fuerzas del General Alfaro avanzaban parte por el cerro

mezcladas con nuestras segundas líneas y parte por el Manicomio.”

Así debió, ser para que esas fuerzas fueran recogiendo en el surco dejado por las victoriosas vanguardias del Ejército del Interior, las ametralladoras y demás trofeos que las tropas del Sr. Sarasti, desdeñaban. (Posemos banderines tomados en la línea y documentos tomados en el Manicomio.)

En fin, el Sr. General ya tranquilo por que dejaba la victoria obtenida en el Manicomio, dice:

“El combate continuaba muy ríeio en nuestro costado izquierdo” (la Tarazana).

Díganos el señor General ¿y por qué no cargó por ese punto, que era el suyo, con los Generales Salazar, Darquea, Lizauraburu, Orejuela & y Angulo? Porque éstos, ménos el último, estaban muy tranquilos saboreando la victoria en el Manicomio. En el segundo párrafo de la página 22, despues de una falsedad que ya hemos combatido victoriosamente, viene el señor General a desmentir los dos informes conferidos por los Generales Salazar y Darquea a favor del coronel Euclides Angulo. Aquellos informes dicen, que el Sr. Angulo flanqueó la trinchera del Manicomio (la derecha) y hoy el señor General dice que flanqueó el cuartel del batallón Yaguachi (izquierda). ¿Cual de los dos es el falso?

En este párrafo confiesa el Sr. General que Landazuri, el león del Norte, llegó despues de tomada la línea, con diez relaciones mas que hagan los Pentaveros; del combate saldría a relucir la verdad. El resto del párrafo es cierto, tal vez, por descuido involuntario.

Pero en seguida se cansa el señor General de continuar por este camino de los hombres sérios y vuelve á las andadas, cuando sube a la última batería enemiga que domina el Manicomio, y la encuentra abandonada.

Esa batería la encontrô el Sr. General abandonada por los dictatoriales mas no por las fuerzas del Ejército de la Costa, que la ocupaban ya, porque parte de la Columna “Vengadores de Tierra Abita”, de Ejército de la Costa, mandada por el señor Rumbear, y en compañía del valiente señor Luis Vega, que a su voluntad peló en nuestras filas, habian derrotado al enemigo, siguiendo el camino trazado en el cuadro núm. 1 de la tercera

punto de este folleto, junto con la que publicaremos
muchos documentos suscritos por los principales Jefes
subalternos del General Sarasti, que lo desmienten con
el referido y otros incidentes. Recordamos una broma
que al Sr. General hizo el Coronel Vega: cuando aquel
alcanzaba jad ante aquella catarata, dando hacia largo
rato estaban los "Vengadores de Piedrahíta."

El señor General subió trabajosamente apoyán-
dose con las manos para trepar la escarpada cuesta y el
señor Vega le dijo: "...! Está usted aprendiendo a
gatear estando viejo."

El señor General recuerda que allí recibió el
caballo del Coronel Vega, pero calla los nombres de las
demás personas que estaban con ese Jefe. Sin embar-
go, mas adelante dice que lo ayudaron en la organiza-
ción de esas fuerzas (las que encontró en su bajada
al cementerio); cuando descendió acompañado de Ve-
ga. Dice el General que también lo ayudaron en esa or-
ganización, los recomendables capellanes doctores José
María Terán Guerrero y Vidal Eguez.

¡Con que allí encontró al recomendable capellán
Terán! Díganos el General, ¿de qué Ejército era cape-
llán el recomendable Terán Guerrero? y díganos si tam-
bien bajó en compañía de este recomendable capellán o
ya lo encontró en el cementerio, porque la verdad es que
é pasó por la trinchera, según lo vimos nosotros y ello
fue una media hora larga después de la victoria.

Relatemos. Esto, no lo ha podido negar el Sr. Gene-
ral, porque el Dr. Terán Guerrero, capellán del Ejército
de la Costa dió en el cementerio la absolución al hijo
del General, el joven Darío Sarasti, que había sido he-
rido en ese punto mucho rato antes de que á él llegara
el Sr. General, aunque sí después que pasaron por allí
las tropas de la Costa, que bajaron de la línea con
Leon Gonzalez (como se verá en los documentos inser-
tos en la tercera parte de este folleto) cuando las tro-
pas de este Ejército, acompañadas del Dr. Terán, iban
de la trinchera del Manicomio a la ciudad. Puesto que
se ha falta de lógica suponer que el capellán del Ejército
pasó por la trinchera antes de la victoria.

En esta vez se atraviesa la espina, y, sin embargo,
sigue el señor General con tajos y mandobles, sin to-

car ni incidentalmente un solo nombre de soldado de la Costa, y se encuentra al Coronel Euclides Angulo, que desde el cuartel del batallón Yaguahi (Polvorín) se había venido al ataque al cuartel de artillería, defendido por los dictatoriales, parapetados en las casas.

Al ver esta relación alcanzamos á dudar hasta de lo que nosotros vimos, es decir, que el señor General haya estado por allí. ¿Quién ha hecho un solo tiro de ninguna casa, ni qué resistencia hizo el cuartel de artillería? Nadie hizo tiro, nadie se parapetó en las casas.

La verdad se debe siempre consignar. El cuartel de artillería no opuso sino una ligerísima resistencia de tres o cuatro minutos é inmediatamente fué ocupado por el pueblo antes que por la tropa del Ejército del Interior: un momento ántes y aun pudiéramos decir que junto con el pueblo, entraron los señores Alfredo Gonzalez del Ejército de la Costa, y Francisco Pino que á voluntad peleó en nuestras filas: éste último fué quién rompió la puerta del calabozo de Miguel Valverde, fué entonces que comenzaron á llegar los Pentaviros. Dice el señor General que en esas circunstancias fueron rotos los grillos de Valverde y eso es falso, como las demás relaciones del señor General, fué el señor Alfaro quién dió su caballo para que viniera un herrero á romper esos grillos, hechos que alguno de ustedes atribuye á Flores en un parte oficial.

Si el General Saázar alcanzó á hacer fuego sobre la flotilla en que huía el Dictador fué porque esa flotilla se detuvo frente á la Josefina, esperando el rompimiento en que se había hecho creer á Veintemilla que entrarían los ejércitos aliados.

Con el objeto de atribuir á su Ejército todos los hechos del día, por insignificantes que sean, dice: "una pequeña fuerza del enemigo incautillada en los baños y trincheras del Salado hacían aun resistencia á nuestros Jefes y soldados que querían forzar temerariamente el paso. Hubo necesidad de enviar un refuerzo para tomar dichos baños. Una guerrilla del General Alfaro con otra de Restauradores N. 2 lograron hacer prisioneros á todos los que ocupaban esa posición sin causar muchas víctimas."

Todo este párrafo es falso.

Primero. Porque las tres cuartas partes del Ejército de Veintemilla y toda la tropa veterana está á guarne-

ciendo los baños hasta Puerto Liza, puesto que el Dictador llegó a convencerse de que el ataque formal sería por ese lado.

Segundo. Porque la comision de rendir esos fuertes no fué encargada á ningun restaurador ni N. 1 ni N. 2 ni N. 3. El señor Alfaro mandó á su hermano Medardo con el batallon Esmeraldas, para que los atacaran por retaguardia, miéntras que Pállares y Vargas Tórres hacia lo propio de frente desde las trincheras del Cármen.

La prueba es que las únicas víctimas que hubieron fueron doce hombres del Esmeraldas, esto en los baños, que por lo que hace al resto de las defensores de la línea del Salado, se desbandaron sin combatir, ó fueron todos prisioneros del batallon Esmeraldas.

Viene de seguida la lista de cajon, en la que figuran los que mas se distinguieron en el combate y al fin de la lista nos deja caer como una bomba el señor General la de que los Sres. Bolaños, Guerrero, Arroyo y Gravizo se habian desprendido de sus ulas y penetraron los primeros á Guayaquil—pone punto y coma y agrega fueron tomados por las guerrillas del Dictador y puestos en la barca de grillos. Punto..... Mas tarde fueron rescatados por nuestros Jefes y soldados. Punto. Uno de ellos fué el Comandante José Maria Gómez Carbo.

Rectificamos Los señores citados no se habian desprendido de las ulas sino que los mandaron á los cerros del Salado á dejar parque y se extraviaron involuntariamente (efecto de la embriaguez) la víspera del combate y creyendo caminar para el Salado, se dirigieron a la trinchera el Manicomio, donde, de la manera mas pacífica que se puede imaginar los hicieron prisioneros, y los remitieron donde Veintemilla; allí dujeron en la barra de grillos, hasta el siguiente día en que fueron libertados por los Jefes y soldados y especialmente, segun el decir del señor General, por el Comandante Gómez Carbo.

¡Historia, señor General! Historia no novelas!

Con este bombazo termina el parte del señor General, fechado el 24 de Agosto y aquí terminamos nosotros nuestra pequeña refutación.

Ahora de acuerdo con lo ofrecido publicamos nuestra relacion, que deseamos satisfaga el justo deseo del público, de saber la verdad. Cuando la escribimos no estaban excitadas las pasiones y sin embargo, nos esforzamos para que ella fuera de lo mas imparcial. Hoy no hemos querido quitarle una sílaba; pero nos hemos impuesto el deber de buscar la comprobacion de nuestros asertos. A ello nos ha obligado la necesidad de que el público juzgue de los sucesos, siendo ellos relatados por los actores del combate.

Adjuntamos tambien á esta obra dos planisferos referentes á la campaña y asalto; en el número 1 estan fielmente marcadas la proyeccion de las fortalezas desde el Santa Ana hasta la trinchera del Manicomio, y la colocacion de los dos ejércitos, tal como se ordenó y se verificó el ascenso. El que hemos marcado con el número 2 es una reduccion del grande, que sirvió para la campaña y hemos creído que será de mucha oportunidad para conocimiento de las evoluciones de los tres Ejércitos.

NUEVE de JULIO

DE 1883.

A las nueve de la noche del 8 de Julio de 1883, reunidos en el rancho de Alfaro, situado en la loma de Mapasingue, los Generales Eloi Alfaro, Encargado de la Guerra y del Mando Supremo por las Provincias Litorales y los Generales Sarasti, Comandante en Jefe del Ejército del Interior; Francisco J. Salazar, Director de la Guerra del mismo Ejército; Meliton Vera, Jefe de Estado Mayor General del Ejército de la Costa y Manuel Semblantes, Ministro de Gobierno de la Costa, resolvieron, despues de corta discusion, dar el asalto decisivo á las fortalezas del Dictador Veintemilla á las cinco en punto de la mañana del 9 de Julio.

De antemano, el Coronel José Martinez Pallares, Ministro de la Guerra del Gobierno de Manabi y Esmeraldas, con la Cuarta Division del Ejército de la Costa y 50 hombres del del Interior ocupaba las trincheras contrasidas por los soldados del Ejército del Interior,

frente á los baños del Salado, en las posiciones que el 3 de Junio tomó el General Alfaro, bajo el fuego de los dictatorial's; las que flanqueaban de un modo ventajoso la gran trinchera del Manicomio, formidable parapeto levantado por el Dictador; y dominaban á tiro de pistola los baños del Salado.

A las fuerzas mandadas por Pallares, se agregaron la víspera, ciento cincuenta soldados del Ejército del Interior, al mando del General Antonio Medina.

En Puerto Liza acampaba el batallón «Jipijaba» de la Segunda División del Ejército de la Costa y en Puente Grande el «Colombia», también del mismo Ejército, ámbos al mando del Coronel Vargas Torres.

Como resultado de la antedicha conferencia y después de discutido y aceptado por todos el plan del asalto, marcharon Semblantes y Vargas Torres á Puerto Liza y las trincheras. Estos llevaron las últimas disposiciones. Según ellas, Pallares debía romper los fuegos de cañon sobre los baños á las tres en punto de la mañana y Vargas Torres en Puerto Liza á las tres y media los de fusilería; con la orden de venirse después de media hora de nutridos fuegos, hácia las posiciones de Pallares, y de allí sostenerlos combinados tanto de cañon como de fusil hasta, algo más de las cuatro, hora en que todo debía quedar en silencio para que entónces avanzara por el centro el grueso de los asaltantes que acampaban en la pampa de Mapasingue.

Tal fué la parte que en la combinacion del asalto, correspondia á la ala derecha de los Ejércitos aliados, la que, como dejamos dicho, funcionó bajo las órdenes del señor José Martinez Pallares.

Una vez que el ataque se hiciera general, Pallares debía reanudar sus fuegos y sostenerlos hasta obtener la victoria ó por lo ménos, impedir que la guarnicion de los baños prestara su ayuda á las demas fortificaciones del Dictador.

El ala izquierda, compuesta de las fuerzas sutiles, todas pertenecientes al Ejército del Interior, situadas en Barranco Blanco sobre el río grande, al mando del Sr. Rafael Ontaneda y una bateria atrincherada en Aragoné, sobre la playa del río Daule, al mando del señor Rafael Caamaño, tenían el encargo de impedir que

la escuadrilla del Dictador flanqueara las posiciones de los ejércitos aliados; á efecto de lo que esas fuerzas suiles, debían avanzar una vez generalizado el asalto y colocarse en posición de combate á la altura de la Punta de Tornero para defender la entrada al Rio Grande. El cañon mandado por el Sr. Rafael Caamaño defendía el paso del Daule.

El centro de la línea de ataque ó verdadero asalto quedó á cargo de los batallones de la Comandancia al resto de las fuerzas de los dos ejércitos, correspondiéndoles por expresa y terminante demarcación en el plano del asalto: al Ejército del Interior, desde la playa de la Tarazana inclusa la trinchera de la Vega, hasta un cañon emplazado por el Dictador, casi en el centro de su línea de defensa; y al Ejército de la Costa desde ese mismo cañon hasta los manglares del Salado, inclusa la gran trinchera del Manicomio. Esto se convino, y esto se dijo como orden terminante á cada Comandante General de División y aun á cada Jefe de batallon, rechazando el General Alfaro la propuesta del General Salazar, de que los batallones del Ejército de la Costa fueran en el asalto intercalados con los batallones del Ejército del Interior; por manera que cada ejército conservó su independencia y debió desempeñar la misión que sus Jefes se impusieron y aceptaron.

Combinadas y convenidas solemnemente en consejo de Generales estas últimas determinaciones, el General Sarasti y sus colegas regresaron á sus campamentos y el General Alfaro ordenó la marcha de sus tropas para que tomaran oportunamente las posiciones señaladas. A las diez de la noche desfilaron todas ellas compuestas de los batallones "Esmeraldas," "Piedra Blanca," "Seis de Abril," "Vengadores de Piedrahita," "Vengadores de Valverde," "Olmedo" y "Guayas," los que partieron guiados por el Jefe de Estado Mayor General General Meliton Vera. A las once hicieron alto en la misma línea formando las toldas de campaña del Ejército del Interior, del que aun no se había movido un solo batallon, esperando la hora de marcha, que sería cuando la luna se ocultara.

A la una en punto de la mañana se puso en marcha la Tercera División del Ejército de la Costa, al

mando de su Comandante General Coronel Enrique Avelan, uno de cuyos cuerpos debía formar la línea de vanguardia de las fuerzas del señor Alfaro, situándose, como lo hizo, á trescientos metros del cerro de San Lizaro ó Mancomio. Al mismo tiempo desfiló parte de la División Almeida y la División Caamaño del Ejército del Interior hacia la extrema izquierda ó lo que es lo mismo por entre los potreros de la Tarazana. En eguida la División Flores, situándose ambas á doscientos cincuenta metros de la casa de esa hacienda.

La Primera División del Ejército de la Costa al mando del Coronel Manuel Antonio Franco, que debía guardar la retaguardia de la Tercera, entró á formar también línea de vanguardia, porque los brazos del Estero Salado, que surcan la Sabana, los separaban de sus compañeros de un modo inconveniente para el apoyo mútuo en una posible emergencia.

El resto de la División Barahona, al mando del Coronel José M. Almeida y la del General Landazuri, avanzaron hasta ocupar el centro de la línea de ataque y, por último, la mandada por el Coronel Euclides Angulo, apoyando su derecha en el "Vengadores de Piedrahita," del Ejército de la Costa, cerraba la línea de vanguardia de los dos ejércitos aliados, formada en dos hileras de batalla, desde la casa de la Tarazana hasta los manglares del Salado.

Los flancos de esta línea fueron resguardados por los manglares hácia la derecha; por los batallones "Olméto" y "Guayas" del Ejército de la Costa, al mando del Sr. Angel M. Bojja (1) y hácia la izquierda, en los potreros de la Tarazana por una columna de soldados escogidos de la División Caamaño, al mando del señor Froilan Muñoz y con el especial encargo de atacar la trinchera de la Vega.

El Jefe de cada ejército dispuso, como de antes dijimos, que la línea de ataque se dividiera en dos, una que al romperse los fuegos en la línea enemiga, comenzara el ascenso al cerro y otra que los sostuviera desde la

(1) Estos dos batallones, según una disposición de última hora, cambiaron su colocación, tomándola á la derecha de "Vengadores de Valverde," junto con el que verificaron el ascenso.

pampa para atraer los del enemigo y que las filas de lanteras avanzaran con ménos o stáculos.

El Ejército del Interior organizó dos reservas, una compuesta de las guardias de honor de sus Generales, el "Escuadrón Sagrado" y la columna "Libertad ó Muerte," al mando del señor Antonio Flores y otra compuesta de los enfermos y algunos rezagados, esta quedó en las toldas del campamento junto al Cerrito Colorado, y al mando del General José María Plácido Caamaño, pronta á acudir á don le fuera necesario.

Entre la estensa línea de ataque y la formada por las reservas, á las cuatro y tres cuartos de la mañana, mediaban doscientos metros, y desde aquella hasta las primeras escarpas de la línea enemiga, algo como trescientos, sin embargo aun avanzaba la estensa hilera de sombras conteniendo hasta la respiracion cada soldado.

Retrocediam s á las tres de la mañana. A esa hora, y segun lo convenido, el Coronel Pallares rompió los fuegos de cañon sobre los baños y los sostuvo hasta las tres y tres cuarto; siénd le contestados desde el principio con todo vigor. En seguida hubo un cuarto de hora de silencio durante el que continuó el desfile de las tropas que debian atacar por el centro. A la misma hora se encendieron los fuegos de fusileria en Puerto Liza y segun lo ordenado se extinguieron para recomendarlos en combinacion con Pallares, sobre los baños. Allí reunidos fueron tan nutridos como los podian hacer los cinco batallones que al mando de Pallares guarnecia esa posicion provistos de rifles de precision, cinco cañones y dos ametralladoras, manejadas éstas y aquellos por soldados del Ejército del Interior y los de fusil por soldados de la Costa.

El enemigo no escaseó tampoco sus municiones y contrajo la mayor parte, si ó to a su atencion á la defensa del Puente del Salado, que al parecer era el objetivo del ataque. Parecia que, en efecto, el combate se habia empeñado entre las gruesas de los ejércitos enemigos, si se juzgaba por lo nutrido de los fuegos que hasta las cuatro y tres cuarto se cruzaron entre los baños atrancherados por el Dictador y las colinas del frente, ocupadas por Pallares. Apesar de que la

distancia entre las respectivas posiciones no excedía de cien metros; el cañón tronaba sin descanso en ambos lados como en una reñidísima batalla campal. El estridente chirrido de las ametralladoras ahogaba el ruido de las descargas de fusilería; mas parecía la lucha entre dos tempestades; pero bien pronto llegó la hora convenida y todo quedó en el mas profundo silencio. El objeto de los fuegos del Salado, era llevar al ánimo del Dictador el convencimiento de que por allí se le había de atacar: es probable que al ver apagados los fuegos, creyó haber rechazado el asalto y buscó en el sueño su satisfacción.

Entre tanto los ejércitos aliados seguían avanzando protegidos por las espesas tinieblas que preceden á la aurora. A las cuatro y cuarenta y cinco minutos los Generales Sarasti y Alfaro recorrieron cada uno las líneas de vanguardia de sus ejércitos, que habían hecho alto casi al pié del sinnúmero de encanilladas trincheras, que desde el San Lázaro hasta Santa Ana había construido el Dictador.

Trascurrieron diez minutos en esta posición, y faltando cinco para la hora convenida, sonó el "quién vive" dado por el centinela dictatorial desde la altura, en seguida un tiro de rifle, solo, aislado, que no se ha podido averiguar de donde partió.....

Fué entonces que los dos ejércitos aliados; como un solo hombre impulsado por una poderosa voluntad, mas que eso, como una ola inmensa de lava, de aquellas con que nuestros volcanes sepultan en cortos instantes grandes estensiones, comenzaron el ascenso. La ola de fuego subía sin detenerse, ante el cárdeno cordón de fuego que como valla se le oponía desde la altura, y desde el uno al otro extremo de la formidable línea.

Los trece cañones de corto alcance y el uno de grueso calibre, que desde la trinchera del Manicomio hasta la playa del río Guáyas había colocado el Dictador, tronaban sin descanso, prodigando sus inútiles metrallas; los asaltantes estaban ya demasiado cerca de la boca de los cañones, que no podían ofender por su situación sino á la pampa de Mapasingue. El cordón de fuego de fusilería se sostuvo uniforme ocho ó diez

minutos; pero de pronto y aunque sin disolverse completamente, se rompió por el centro y comenzó á subir hácia las cumbres de las colinas convertido en fugaces candelillas. En el resto de la línea de defensa del Dictador las descargas cerradas hicieron lugar al fuego granado, pero firmemente sostenido.

Por entónces el ataque se habia hecho general en toda la larga extension de la línea, desde el Rio Grande, donde las fuerzas sutiles cañoneaban á la escuadrilla dictatorial; hasta frente á los baños del Salado, donde Pallares y Vargas sostenian nutridísimo fuego de artillería y fusilería, y Medina intentaba forzar el paso del Salado.

Las formidables trincheras del Manicomio y Tarazona atacadas; ésta por las fuerzas de Muñoz y aquella por los batallones "Esmeraldas," "Pichincha" y "Seis de Abril" defendian bizarramente los flancos de la línea central de fortificaciones del Dictador.

Es preciso romper esa línea por el centro y de ello se encargaron las primera y segunda compañías del "Vengadores de Valverde," parte de la Columna "Libertad ó Muerte" y algunos soldados agregados de los dos ejércitos. Esto sucedió cuando los primeros resplandores de la aurora melo iluminaban el confuso torbellino de ese asalto dado por reclutas sin ninguna instruccion militar: es el vergoroso empuje de los citados cuerpos fué apoyado por el General Alfaro que, al frente del "Escuadron Sagrado" del Ejército del Interior, y con su Tercer Jefe, Sr. Manuel Sarasti, á la vanguardia, escaló la escarpada colina por el mismo punto por donde habia subido el Sr. Leon González al frente de sus valentes compañeros. Este jóven, capitán de la primera compañía del "Vengadores de Valverde," llegó á la línea enemiga y sin detenerse á saborear la ya obtenida victoria, siguió con seis de sus compañeros hasta la cumbre de la colina, de donde descendió al llano de la ciudad por el cementerio, aguardando en ese establecimiento á su amigo el Sr. José Francisco Borja, capitán de la segunda compañía del mismo cuerpo para con ese refuerzo entrar á Guayaquil.

Aun no llegaba hasta el Dictador la noticia de la derrota de sus tropas, ni se habia forzado otro paso que

el del centro de la línea: los dos flancos de ella se sostenían con nutrido fuego de artillería y fusilería, haciendo mueras bajas en los batallones “Esmeraldas” y “Pichincha” y “Seis de Abril” por la derecha y en las Divisiones Segunda de Sur, Flóres y Almeida por la izquierda. Al principio del combate recibieron de frente aquellas los fuegos de cuatro cañones, dos ametralladoras y doscientos rifles que defendían la trinchera del Manicomio, protegida por los fuegos convergentes de otros tres cañones emplazados en las alturas de la línea y la propia guarnición de las encastilladas trincheras. Estas recibían un diluvio de plomo disparado de la Tarazana, Telégrafo y Polvorín.

Pero como dejamos dicho: rota la línea enemiga al poderoso empuje de González y sus acompañantes y secundado el asalto por parte del batallón “Pichincha” al mando del Coronel Manuel Antonio Franco y muchos soldados de la División Argüello se apazaron, por completo los fuegos en el centro de la línea.

De avanzada hacia la formidable trinchera del Manicomio marchó el Sr. Carlos Illescas por la línea, debiendo primero apoderarse de una batería emplazada en el descenso hacia la trinchera y el Sr. Tobias Rumbautas guió por las alturas en busca del cañón situado en la cumbre de San Lázaro; como adjunto á la tropa subió el Sr. Luis Vega, Jefe del Ejército del Interior, que voluntariamente peleó entre las fuerzas de la Costa. Tanto el cañón que debía rendir Illescas como el que se encargó a Tobias Rumbautas eran una protección importantísima para la trinchera del Manicomio; pero tan pronto como los defensores de estas dos piezas se sintieron tomados de flanco, las abandonaron sin combate. Illescas se detuvo en ese punto y comenzó a descargar con sus cinco compañeros; pero la guarnición de la gran trinchera enemiga, al mando del Sr. Plutarco Gómez, Jefe dictatorial, viendo el corto número de la guerrilla de Illescas, sostuvo con él los fuegos y aun intentó desalojarlo: ello fué en momentos que el Sr. Alfaro y algunos Jefes y soldados de la Primera División desfilaban ya por la línea hacia la trinchera. Entonces Illescas, apoyado por nutrido fuego de fusilería, descendió rápidamente con los suyos, quedando

dueño de la ensangrenada trinchera, donde un momento antes había pagado con su vida el Sr. Plutarco Gómez su temerario y mal empleado valor.

Muerto el Sr. Plutarco Gómez, valiente Jefe de las fuerzas que guarnecían la trinchera del Manicomio y atacados sus defensores por el flanco izquierdo por el Sr. Alfaro con parte de "Pichincha," "Guáyas" y "Vengadores de Piedraluta;" de frente por "Esmeraldas," "Seis de Abril" y parte de "Tíhicha" y por el flanco derecho por las fuerzas de Pallares, situadas en los cerros frente al Saado. Optaron por la retirada, sin mas resistencia, unos por el camino del cementerio y la mayor parte por un puentecillo de cañas construido espresamente para la derrota á través del manglar hácia la Sabana.

Dueño el señor Alfaro de la trinchera del Manicomio cuando aun tronaban nutridísimas descargas de artillería y fusilería por el lado de la Tarazana, mandó tender un puente de tablas (arrancadas de la trinchera) á través del profundo zanjon que la defendía. Por allí pasó el primero el General Melitón Vera, quién en el acto procedió a reorganizar los batallones del Ejército de la Costa y a hacer nueva distribución de las tropas que ya estaba completamente agotado en las cañoneras.

Bien pronto llegó por allí el General Salazar, Director de la Guerra del Gobierno Provisional de Quito y atravesando el zanjon por el antedicho puentecillo, felicitó al Sr. Alfaro por la victoria obtenida.

El Sr. Alfredo González solicitó del Sr. Alfaro tropas para ocupar el cuartel de Artillería y tomándolas de "Vengadores de Valverde" y algunos prisioneros que se habían hecho en la trinchera se dirigió á la ciudad, donde, despues de un insignificante escaramuza, ocupó ese cuartel, acompañado del señor Francisco Pino. Este jóven abrió el calabozo del señor Miguel Valverde, en momentos que una gran porcion de gente del pueblo invadía las cuadras, el parque y patio del edificio. Aun no había llegado un solo soldado del Ejército de Interior, ni había pasado el General Salazar de la trinchera donde se encontraba esperando que el General Vera le entregara la gente que pidió al Sr. Alfaro para entrar á la ciudad.



Pero todo esto fué posterior á la prision y fuga de Pesántes, el que capturado en la boca del cementerio por el Sr Leon Gonzalez se habia rendido y departia amistosamente con su vencedor en circunstancias que uno de los principales Jefes de los enemigos derrotados en la trinchera del Manicomio, desembocando por el manglar que hace esquina diagonal con el cementerio, se encaminaba á la ciudad. De pronto al ver enemigos en las afueras del cementerio y ante una señal de Pesántes, que le indicaba estar prisionero, volteó las culatas de los rifles de su tropa; pero convenciéndose del cortísimo número de la guerrilla de Gonzalez, hizo el citado Jefe con la suya, compuesta de veinticinco hombres, una descarga, que mató tres de los seis soldados de Gonzalez. Entonces Pesántes, aprovechando la coyuntura escapó a rienda suelta y el antedicho Jefe no tardó en seguirlo al divisar al capitán Francisco J. Borja, que al frente de su compañía bajaba al cementerio.

La noticia de su derrota la recibió Veintemilla por boca de Pesántes, poco antes de las seis de la mañana, hora en que el dicho Pesántes, Primer Jefe de las fuerzas dictatoriales, le comunicó haber escapado de las manos de Leon Gonzalez, capitán de uno de los cuerpos del Ejército de la Costa,

Vamos a la parte que correspondió al Ejército del Interior. Uno de los batallones de este ejército, perteneciente a la Division mandada por el Coronel Euclides Angulo, apoyaba su derecha en las fuerzas del Ejército de la Costa y comenzó el ascenso o asalto al mismo tiempo que "Vengadores de Pedrahit," "Pichincha" y "Vengadores de Valverde," por manera que consecuentes con la rivalidad que de antes venia notandose, acometieron con indiscutible entusiasmo y tanto que los primeros soldados que alcanzaron la línea pertenecian a los dos ejércitos; pero las tropas de Angulo no conocidas el terreno como los costeros mandados por Leon Gonzalez se detuvieron en ese punto, esperando á al uno de sus Jefes, pues que ninguno pareció en el primer momento de la victoria. El Sr Angulo, Comandante General de esta bizarra Division, se habia detenido en la pampa cortos instan-

tes, buscando á dos de sus Jefes subalternos que se le habian quedado rezagados. Esta circunstancia la conocemos por la propia y fidedigna relacion que de ella nos hizo el mismo Coronel Angulo despues de la victoria.

El resto de la línea central de ataque del Ejército del Interior avanzaba recibiendo un diluvio de plomo que los dictatoriales atrincherados en la altura les hacian. Los asaltantes á su vez desde la pampa y de entre las malezas de la escarpada colina, avanzaban haciendo fuego graneado y como cada cual podia. El conato para ca la uno era avanzar y avanzó sin detenerse á recoger al compañero que caia atravesado ó rodaba herido, despeñándose por las escarpas de la colina.

Como dejamos dicho, los fuegos se sostenian nutridísimos: no solo por los verdaderos asaltantes sino por las reservas de la pampa. Este acto de imprevision costó numerosas bajas causadas por esas reservas, puesto que los asaltantes se vieron tomados entre dos fuegos; de frente por los del atrincherado enemigo y de retaguardia por el de los propios compañeros, que, sin duda, no creyeron que tan pronto hubieran coronado la victoria sus compañeros de vanguardia.

Antes de las 6 de la mañana, ocupada la parte izquierda del centro de la línea por las tropas de Angulo y parte de las de Laudázuvi, bajo las inmediatas órdenes del General Sarasti, avanzaban por la misma línea hácia la izquierda, desalojando á la bayoneta á los dictatoriales, de sus ya inútiles trincheras. Pero entre las colinas del Cármen y Santa Ana sostenia el enemigo, sin desmayar, nutridísimo fuego de artilleria y fusileria, rechazando á las Divisiones Flóres y Segunda del Sur, que con rudas acometidas intentaban el asalto al Polvorin. Sin duda alguna que aquella posicion era formidable y fué la mejor defendida por los dictatoriales, aparte de que el combate era entónces á la luz del sol, que ya salia. Pero al fin sucedió en ella lo propio que en la trinchera del Manicomio: tomados sus defensores por el flanco derecho y aun por las alturas del Cármen, por donde habian seguido algunos de los primeros asaltantes; entre los que habia llegado ya Angulo, los defensores del Polvorin se vieron en la necesi-

dad de contestar este inesperado ataque y aun volvieron hácia la derecha la boca del cañon de á cien, que guarnecía esa posicion. Entónces las Divisiones Flóres y Segunda del Sur, que atacaban de frente, y se vieron tan bizarramente apoyadas por el flanco derecho, redoblaron el ímpetu de su tercera acometida y alcanzaron á cruzar sus bayonetas con las de los defensores del formidable reducto del Polvorin.

Estas tropas fueron llevadas á la victoria por el Sr. Reynaldo Flóres, quién á las seis y tres cuartos de la mañana tocaba diana á la vista de Guayaquil libertada.

Miéntas tanto el Sr. Froylan Muñoz, encargado, con cincuenta hombres escogidos, de atacar la trinchera de la Vega, lo hizo con la bravura que sus Jefes esperaban de él, llamando sobre sí la atencion del enemigo, que contrajo los fuegos de esa bateria á contener á Muñoz, dejándolo operar libremente á los que atacaban de frente las posiciones de la Tarazana.

Una vez rendido el fuerte del Polvorin y la trinchera de la Vega, ya les fué imposible ó inútil por lo mismo á los defensores de la bateria del Telégrafo ó Santa Ana seguir sosteniendo el inútil fuego de artillería con que desde el principio del asalto trataron de oponerse á la victoria de los libertadores, desde la cumbre de la colina.

Cuando el General Sarasti dió sus disposiciones á las Divisiones Landazuri y Angulo ascendió á la cumbre de la colina del San Lazaro y bajando por el cementerio tuvo conocimiento de que allí habian sido heridos su hijo Dario y el Sr. Apolinario Campis. Despues de disponer lo conveniente siguió á la Ciudad por el camino de la carniceria acompañado de muchos jóvenes del "Escuadron Sagrado," de los que habiendo escalado el cerro con el Sr. Alfaro trasmontaron las colinas con el capitán Borja.

La ala izquierda de los ejércitos aliados estaba encargada, como dejamos dicho, de impedir que la escuadrilla dictatorial flanqueara las posiciones de los ejércitos libertadores. Las fuerzas sutiles que la formaban al mando del Sr. Rafael Ontaneda; tan luego como los fuegos se rompieron en la línea central avanzaron

hasta la punta de Tornero en el Rio Grande, impidiendo á las fuerzas de la escuadrilla dictatorial flanquear las posiciones del Ejército aliado no siendo por lo tanto á estas posible llenar su cometido ni entrar al Daule, en cuya ribera, una bateria, al mando del señor Rafael Caamaño, cañoneaba á los vapores, en cuantas ocasiones se pusieron á su alcance.

Por el ala derecha el General Juan Antonio Medina con sus ciento cincuenta soldados del "Bahoyo," intentó tres veces el temerario paso del Estero, bajo el fuego del enemigo, que desde las inespugnables trincheras de los baños y del puente, lo fusilaban impunemente. Pero despues de rendida la trinchera del Manicomio, pudo el Sr. Alfaro mandar á su hermano Medardo con el batallon "Esmeraldas" á atacar los baños del Salado por retaguardia, Desgraciadamente un tal Maldonado, Jefe dictatorial, á quien en mala hora encargó Veintemilla la defensa de esa posicion; cometió la felonía de fusilar traidoramente á los que despues de rendido él, le extendieron mano generosa.

En ese cobarde asesinato perecieron siete valientes del "Esmeraldas;" y Medardo Alfaro fué, sin embargo, generoso, dejando con vida á ese desgraciado

En Puerto Liza habia un numeroso cuerpo de linea al mando del Coronel Domingo Barahona; ese cuerpo se desbandó tan pronto como algunas fuerzas libertadoras de las del Sr. Alfaro se presentaron por allí.

Los demas fuertes y cuarteles de la ciudad así como los vapores del Dictador surtos en el rio, fueron rendidos sin combate y ocupados por el pueblo, en mayor número que por Jefes y soldados del Ejército.

Solo en el castillo de las Cruces hubo un cortísimo tiroteo sostenido entre la gaarnicion y un sinnúmero de gente del pueblo y Jefes y soldados de los dos ejércitos.

Nos resta referir la fuga del Dictador.

A las seis y cuarto de la mañana recibió Veintemilla, por medio de Pezantes, la noticia de su derrota, la que le fué confirmada por el oficial I. Lara; en el acto salió de su casa, situada al costado del cuartel de artilleria, y ordenó que lo precediera una ametralladora, la que lo convoyó hasta el Malecon, sin que nadie trata

ra de molestarlo; sobre el muro del malecón dió unos cuantos paseos y á las seis y media se embarcó en el vapor "América," que lo condujo al "Santa Lucía," el que en seguida se puso lentamente en marcha hasta llegar frente á la Josefina. Allí se aguantó sobre la máquina, convoyado por algunos vapores pequeños, hasta que habiendo ocupado los libertadores el castillo de las Cruces comenzaron á disparar con cañones sobre el "Santa Lucía." Entónces siguió su derrotero hasta Payta, donde cinco días despues se entregó el vapor á los comisionados del Gobierno de Quito, que partieron de Guayaquil con tal objeto.

Tal fué el combate del 9 de Julio, en el que tomaron parte dos mil trescientos hombres al lado del Dictador y cuatro mil quinientos del de los libertadores — mil ochocientos de la Costa y el resto del Interior. (1)

La línea de ataque fué una curva desde la punta de Tornero hasta Puerto Liza.

La defensa del Dictador afectaba con pequeñas sinuosidades la forma de dos ángulos unidos por las estremidades de sus rectas, en la forma siguiente: Una desde Puerto Liza á la trinchera del Manicomio, donde haciéndose vértice, forma uno de sus ángulos, y corre recta hasta la playa de la Taravana; de allí arranca el otro ángulo, formando esta línea los vapores "Manabí," "Huacho," "Santa Lucía," "Imborazo," "América," "Sucre," "Oriente" y otros tres más hasta terminar en el castillo de las Cruces.

(1) En el Ejército del Interior consideramos, la segunda División del Sur, compuesta de cuatrocientos sesenta machaleros y la División Baraona de seiscientos hombres sacados de las provincias del Guayas y los Ríos.